



JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS: ESCRITOS DESDE LA TRINCHERA

TOMO 4

EDICIONES
UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR
BARRANQUILLA-CÚCUTA, COLOMBIA

PRESIDENTA SALA GENERAL
ANA BOLÍVAR DE CONSUEGRA

RECTOR FUNDADOR
JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS (q.e.p.d.)

RECTOR
JOSÉ CONSUEGRA BOLÍVAR

VICERRECTORA ACADÉMICA
SONIA FALLA BARRANTES

VICERRECTORA DE INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN
PAOLA AMAR SEPÚLVEDA

VICERRECTORA FINANCIERA
ANA DE BAYUELO

SECRETARIA GENERAL
ROSARIO GARCÍA GONZÁLEZ

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
CARLOS MIRANDA MEDINA

MIEMBROS DE LA SALA GENERAL
ANA BOLÍVAR DE CONSUEGRA
OSWALDO ANTONIO OLAVE AMAYA
MARTHA VIVIANA VIANA MARINO
JOSÉ EUSEBIO CONSUEGRA BOLÍVAR
JORGE REYNOLDS POMBO
ÁNGEL CARRACEDO ÁLVAREZ
ANTONIO CACUA PRADA
JAIME NIÑO DÍEZ
ANA DE BAYUELO
JUAN MANUEL RUISECO
CARLOS CORREDOR PEREIRA
JORGE EMILIO SIERRA MONTOYA
EZEQUIEL ANDER-EGG
JOSÉ IGNACIO CONSUEGRA MANZANO
EUGENIO BOLÍVAR ROMERO
ÁLVARO CASTRO SOCARRÁS
IGNACIO CONSUEGRA BOLÍVAR



JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS: ESCRITOS DESDE LA TRINCHERA

TOMO 4



Consuegra Higgins, José, 1924-2013
José Consuegra Higgins: Escritos desde la trinchera / José Consuegra Higgins
– Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar, 2016.

151 p.; 17 x 24 cm.
ISBN: 978-958-8930-45-9

1. Economía – América Latina – Colecciones de escritos 2. América Latina
– Vida social y costumbres 3. Consuegra Higgins, José, 1924-2013 – Ensayos,
conferencias, etc. 4. Consuegra Higgins, José, 1924-2013 – Colecciones de escritos 5. Consuegra Higgins, José, 1924-2013 – Pensamiento político y filosófico I.
Sierra Montoya, Jorge Emilio, comp. II. Tit.

808.849355 E748 2016 SCDD 21 ed.

Universidad Simón Bolívar – Sistema de Bibliotecas

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS:
ESCRITOS DESDE LA TRINCHERA
José Consuegra Higgins

ISBN: 978-958-8930-45-9

© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma por medios electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la previa autorización por escrito de Ediciones Universidad Simón Bolívar y de los autores. Los conceptos expresados en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Universidad Simón Bolívar y da cumplimiento al Depósito Legal según lo establecido en la Ley 44 de 1993, los Decretos 460 del 16 de marzo de 1995, el 2150 de 1995, el 358 de 2000 y la Ley 1379 de 2010.

©EdicionesUniversidad Simón Bolívar
Carrera 54 No. 59-102
<http://publicaciones.unisimonbolivar.edu.co/edicionesUSB/>
dptpublicaciones@unisimonbolivar.edu.co
Barranquilla - Cúcuta

Impresión
Editorial Mejoras
Calle 58 No. 70-30
info@editorialmejoras.co
www.editorialmejoras.co

A este libro se le aplicó
Patente de Invención No. 29069

Abril de 2016
Barranquilla

Printed and made in Colombia

Contenido

Introducción:

Jorge Emilio Sierra Montoya, Director de la Revista Desarrollo Indoamericano	7
--	---

Editoriales:

Nuestros propósitos	15
Conciencia del desarrollo	19
Las banderas de Lleras Restrepo	23
La Reunión de Bogotá.....	27
La nueva política económica	31
Logros del gobierno en el campo internacional	35
Un mensaje a la juventud.....	39
Relaciones diplomáticas con Cuba	43
El Consejo Mundial de la Paz y la UNCTAD	47
El intelectual y la conciencia política.....	51
El descentralismo y el desarrollo.....	55
Sociología, subdesarrollo y dependencia	59
Las 40 ediciones de Desarrollo Indoamericano	63
Bolívar nos pertenece.....	67
La política contra la inflación.....	71
Keynes, Gesell y la dependencia	75
Hambre, inflación y renta.....	79

Las encíclicas papales, el trabajo y el hombre.....	83
Los salarios reales.....	89
Concentración, monopolio y Estado.....	93
Malvinas e Imperialismo	99
Bolívar y San Martín	105
Carlos Marx	109
Los premios Nobel de Economía	113
Bolívar y Marx.....	117
Por una Constitución del mundo.....	121
Carta a Jorge Child	125
Los sucesos en Venezuela.....	129
La apertura económica.....	133
El retorno a lo propio	137
Aquí estamos de nuevo... ..	141
Por una política económica nuestra	145
Un homenaje para todos.....	149

INTRODUCCIÓN

Jorge Emilio Sierra Montoya
 Director de la Revista **Desarrollo Indoamericano**

Cuando alguien habla de la Revista **Desarrollo Indoamericano**, piensa necesariamente en José Consuegra Higgins, su Director Fundador, pero también cuando se habla de él, de su intensa y brillante actividad intelectual, de sus muchos libros (sobre economía, historia, política, literatura...), de la Teoría Propia del Desarrollo que representa en grado sumo, de su dirección de la *Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, de la Universidad Simón Bolívar que abrió como Rector en 1972, de sus títulos académicos y de sus conferencias y discursos, el nombre de **Desarrollo Indoamericano** tiene que estar presente, como lo está ahora en la colección bibliográfica conmemorativa del cincuentenario de la publicación que fuera proclamada La mejor del género económico y social en el mundo por la *International Writers and Artists Association -IWAA-*, de Estados Unidos.

Consuegra y su revista han sido, en verdad, un solo ser, inseparables el uno de la otra, como si las páginas de ésta formaran parte de la esencia misma del ilustre isabeloperero, quien nunca dudaba en confesarlo así a propios y extraños.

José Consuegra Higgins es **Desarrollo Indoamericano**, como **Desarrollo Indoamericano** ha sido, es y será José Consuegra Higgins, ni más ni menos.

La voz de un gran periodista

Pero, si lo anterior es correcto, más lo es todavía que Consuegra está de cuerpo entero (y de alma, claro) en sus editoriales que son a su turno, como en cualquiera publicación similar, no sólo la esencia de ella sino la de su Director, quien ni siquiera debe identificarse con su nombre para que todos los lectores lo sepan.

Probarlo en este caso resulta bastante fácil: **Desarrollo Indoamericano** ha sido hasta hoy, a lo largo de cincuenta años, el vocero por excelencia de la Teoría Propia del Desarrollo en América Latina, según puede confirmarse precisamente en sus editoriales, escritos por su fundador y director, José Consuegra Higgins, quien en ocasiones estampaba allí su firma o simplemente sus iniciales, cuando lo consideraba necesario.

Para el presente libro, cuarto volumen de la colección conmemorativa, hemos escogido un poco más de treinta muestras de más de un centenar de ediciones, siendo la última de ellas la de 1999, en las postrimerías del segundo milenio y en víspera del siglo XXI, cuando la revista recibió el premio internacional a que antes nos referimos.

Y, como podrá verse, en cada editorial se deja constancia de la Teoría Propia de Consuegra no solo en la economía sino también en la política, la historia, la sociedad, la educación, la cultura y la vida cotidiana, que se examinó con rigor en la pasada versión de la *Cátedra América Latina* de la Universidad Simón Bolívar, cuyas Memorias conforman el volumen anterior de esta colección.

Más aún, aquí aparece ante todo el gran periodista que él fue desde su adolescencia, cuando dirigía periódicos y algún programa radial mientras cursaba estudios de bachillerato en el Colegio San José de Barranquilla, hasta sus columnas de opinión en prestigiosos diarios nacionales (*El Tiempo*, *El Espectador*, *El Heraldo*, *El Universal* y *La República*, entre otros) y

extranjeros (por ejemplo, de Venezuela, especialmente en sus años de exilio), pasando obviamente por **Desarrollo Indoamericano** que fue, sin duda, su consagración definitiva en “El oficio más bello del mundo”.

En efecto, sus notas editoriales cumplen a cabalidad con los requisitos fundamentales del buen periodismo: sentido de actualidad, sobre temas del momento; adecuado manejo del lenguaje, bordeando los límites de la literatura y poniendo a prueba las virtudes del auténtico escritor; capacidad de análisis, con los datos y hechos correspondientes que certifican su objetividad, y la independencia a toda prueba, en ejercicio de la libertad de expresión o la sagrada libertad de prensa.

Detengámonos acá por un momento, en gracia de discusión.

Un rebelde con causa

Sí, Consuegra ejerció plenamente la independencia periodística, con espíritu crítico, poniendo de manifiesto, por escrito y bajo su exclusiva responsabilidad, sus deberes y derechos como demócrata que era, comprometido con el liberalismo social, ciertamente “de izquierda”, al que siempre respondió con lealtad. ¡Cuán diferente fue, valga recordarlo, a muchos amigos suyos que traicionaron sus ideales juveniles de justicia social por someterse al sistema imperante!

Tales posiciones, además, nunca las disimuló, aparentando lo que no era para obtener los beneficios sociales, políticos y económicos que esta actitud hipócrita genera. No. Asumiendo los riesgos del caso, actuaba de frente, dando la cara, tanto que por ello pagó con el exilio o el rechazo de su visa, en alguna ocasión, para viajar a Estados Unidos. ¡Ni para qué decir cómo entre nosotros se le descalificaba por ser comunista, aunque no lo fuera!

Era, pues, un rebelde, pero rebelde con causa, la causa de la justicia social,

de la igualdad entre hermanos que somos -o debemos ser- todos los seres humanos, de una democracia auténtica que trascienda el plano político o formal para ser de veras económica y social, o, en síntesis, de la defensa a ultranza, radical, absoluta, de la dignidad de las personas, de cada uno de nosotros y, en especial, de los más desfavorecidos, los marginados, los pobres y oprimidos.

Y por eso escribía con sangre, como exigía Nietzsche. Con rabia, en muchas ocasiones; con angustia y dolor, por lo general, pero especialmente con valor, confiado en que sus enérgicas palabras, con poderosos argumentos a disposición, despertaran la conciencia de sus lectores, llevándolos a asumir también su compromiso personal con la revolución social, socialista, que era la máxima cristalización de sus sueños.

Los suyos son editoriales de combate, como ustedes podrán verlo. "Escritos desde la trinchera", como él diría en alguno de ellos con afortunada expresión que por cierto dio origen al título del presente libro. Lo son, en realidad. Son textos que aún hoy nos golpean, nos obligan a centrar la mirada en los graves problemas sociales que no han desaparecido, y nos gritan y estremecen, sin que nuestra condición moral pueda ser indiferente al respecto, como si eso nada tuviera que ver con nosotros.

Consuegra era un rebelde con causa, insistimos. Eso quiere decir que a sus sentimientos, a su pasión desbordante, a su corazón que era incluso sensible a las manifestaciones literarias y culturales en su conjunto, sumaba el peso de la razón, de los argumentos, de la formación científica, con énfasis en la ciencia económica, en la citada búsqueda del desarrollo propio, auténtico, que constituye -según decía en su primer editorial al declarar los propósitos de la nueva revista- "la primera inquietud de los pueblos atrasados del mundo".

Estas páginas, en fin, giran en torno a la Teoría del Desarrollo, pero una

teoría propia, no importada, de América Latina, donde los intelectuales juegan o, mejor, deben jugar un papel protagónico en la profunda transformación social que necesitan nuestros pueblos.

Del pasado al futuro

Se trata, sí, de un libro de historia económica, recorriendo la economía nacional y latinoamericana en el último medio siglo, desde los inicios del mandato de Carlos Lleras Restrepo, en 1966, hasta los comienzos del siglo XXI, cuando ya él se enfrentó a las tendencias neoliberales, encarnadas por el modelo de apertura adoptado por América Latina en los años noventa, que se han venido imponiendo en el marco de la globalización, los tratados del libre comercio y el imperio sin control del mercado.

Consuegra, sin embargo, no se queda en el pasado, con mirada retrospectiva y nostálgica, sino que apunta hacia el futuro, cuando en su opinión tendrán que hacerse aquellas reformas estructurales indispensables dentro de la correspondiente estrategia defensiva ante las poderosas fuerzas externas que buscan por todos los medios perpetuar nuestra dependencia y dominación.

De ahí la celebración de avances significativos en tal sentido, como la Reunión de Bogotá que dio origen al Grupo Andino, el documento del Consejo Mundial de la Paz ante la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo -UNCTAD- o las nuevas teorías económicas, como la del propio Consuegra sobre la inflación.

O, en el plano político, el continuo reclamo por avanzar en el camino del socialismo, no a través de la violencia sino en forma democrática, con notoria influencia marxista, que hunde sus raíces en el liberalismo social de Gaitán y Uribe Uribe, remontándose al pensamiento y la acción de El Libertador Simón Bolívar y José de San Martín, entre otros héroes legendarios de nuestra historia local y regional.

Para ello, para dichas reformas estructurales en la política y la economía, se requiere asimismo una profunda reforma educativa, aquella que él impulsó desde la Rectoría de la Universidad del Atlántico y en su Universidad Simón Bolívar, con énfasis en los estudios sobre las ciencias sociales y humanas, obviamente con el objetivo explícito de contribuir de manera significativa a hacer una verdadera revolución social, en beneficio de las inmensas mayorías populares.

Una revolución social presidida, claro está, por la revolución moral e intelectual de que hablan Gramsci y su ídolo de juventud y de toda la vida, Jorge Eliécer Gaitán, otro moralista a carta cabal, humanista hasta los tuétanos, cuya lucha por la restauración moral y democrática de nuestro país le costó la vida.

Así, la célebre consigna marxista, según la cual los filósofos (es decir, los intelectuales o pensadores sociales como él) no han hecho sino interpretar la realidad cuando lo que deben hacer es transformarla, fue para Consuegra su norma de vida. “El intelectual es un inconforme social -para decirlo con sus palabras, una sincera confesión personal- que denuncia y facilita situaciones diferentes, creando conciencia en las masas y clases que aparecen como agentes de los cambios”.

Rumbo al cambio social

Como intelectual, Consuegra quiso emprender la revolución social desde la universidad, especialmente la Universidad Simón Bolívar que fundó en 1972 con base en los principios de la Teoría Propia del Desarrollo, de la que fue uno de sus máximos exponentes. Con sus propias teorías, repetimos hasta el cansancio, sobre el papel de las instituciones universitarias en su triple dimensión: la formación profesional, la investigación científica y la proyección social que hoy se entiende como Responsabilidad Social Universitaria (RSU), campo en el que también fue uno de sus pioneros en América Latina.

Una revolución social, además, que promovía en sus libros, aquellos que circulaban de mano en mano desde la década del sesenta, cuando se creía, como sucedió en la Rebelión Estudiantil de 1968 en París, que esa revolución nacería precisamente allí, en los centros universitarios, en cuyas paredes se proclamaba su lema, expresión del sueño revolucionario que sus críticos tildaban de utopía marxista: “¡Sed realistas! ¡Pedid lo imposible!”.

Y, sobre todo, era una transformación social en su tierra, en su amada Indoamérica, desde las páginas de la Revista **Desarrollo Indoamericano**, confiado en que la formulación de la Teoría Propia lograría en la práctica que nuestros pueblos dieran al fin el anhelado salto al desarrollo. He ahí el reto trazado desde entonces en sus editoriales, los cuales parecen escritos hoy, como diciéndonos que nunca podremos eludir ese reto.

Ustedes, amables lectores, tienen la palabra.

“La teoría del desarrollo formulada en los países industrializados de Occidente, además de superficial y tendenciosa, no explica los problemas del desarrollo latinoamericano, ni puede, en consecuencia, servir de base a una conducta capaz de atacar con éxito esos problemas”

Nuestros propósitos

(Edición No. 1 – Enero de 1966)

El estudio y la búsqueda del desarrollo económico y social constituyen en nuestros días la primera inquietud de los pueblos atrasados del mundo. Después de la Segunda Guerra Mundial, los países que se encuentran en desventaja económica han tomado más conciencia de su realidad. Casi todos se preocupan por su inequitativa situación y algunos se interesan en la aplicación de variadas conductas y en la utilización de medios que les permitan obtener resultados diferentes y más ventajosos. En el caso de América Latina, el afán y el deseo de desarrollo se presenta como una agitación permanente, como el reclamo de un derecho de sus gentes, como un imperativo impostergable.

Y a medida que pasan los días parece existir más claridad, no solo en los conceptos del desarrollo, sino también en el conocimiento de fenómenos que han permitido la situación comparativamente desventajosa de nuestros países. Ya se sabe que el problema no radica exclusivamente en los lentos crecimientos de las producciones, sino también en las incidencias sociales que puedan lograrse con incrementos más efectivos en la explo-

tación de los recursos. Y en buena hora los economistas, los estadistas y demás personas que trabajan en este campo, han comenzado a desechar las interpretaciones del subdesarrollo y las teorías del desarrollo enunciadas por los tratadistas de los países desarrollados, para comenzar con seriedad a edificar un cuerpo de planteamientos y doctrinas que, surgidos de nuestra propia experiencia y del análisis de nuestros propios problemas, pueda servir realmente de fundamento a la decisión, a la política y a la estrategia que hasta ahora nos ha faltado.

Nada más hace unos pocos meses se reunieron los catedráticos de la Economía Política de los países latinoamericanos en las ciudades de Ica y México. En esos dos históricos encuentros se dejó definida constancia de que la teoría del desarrollo formulada en los países industrializados de Occidente, además de superficial y tendenciosa, no explica los problemas del desarrollo latinoamericano, ni puede, en consecuencia, servir de base a una conducta capaz de atacar con éxito esos problemas. Más aún, allí se dijo con todo énfasis, una vez considerados los orígenes históricos del subdesarrollo -cuyos linderos comienzan en la dominación y expoliación colonial para continuarse en las relaciones imperialistas de todos los tiempos-, que los principales obstáculos que frenan y deforman el desarrollo de nuestros pueblos son de carácter estructural, surgidos unos de la dependencia exterior y otros determinados por los sistemas internos de tenencia de la tierra, de desperdicios del ahorro, de intermediación comercial, de desorden administrativo y fiscal, etc.

Pero, en realidad, ante la deformación de los conceptos, el juego de intereses personales y de grupos, la desorientación dirigida, etc., apenas si estamos en la etapa del despertar. En verdad, el desarrollo supone un rompimiento con las condiciones dadas, significa cambios, "modificaciones más o menos profundas del estatus y de las estructuras existentes, rupturas de ciertas situaciones de equilibrio (o lo que quiera llamarse como tales) para avanzar hacia otras".

Y la implantación de tales modificaciones o su simple enunciación y defensa, reciben el desdén o la oposición activa de los aprovechados con las condiciones presentes. Pero al lado de los que se aferran a impedir el bienestar de sus pueblos ante el temor de perder los privilegios y garantías que mantienen, se acrecienta el querer de las masas, de los hombres de trabajo, de los intelectuales y de los orientadores honestos, que se empeñan afanosamente en buscar nuevos caminos. Ya decía con razón el gran economista y visionario norteamericano: "Pocas partes hay en el mundo donde pueda verse con mayor claridad cómo la abundancia de recursos humanos y materiales no han podido convertirse en base de un rápido progreso económico y social..., pero también hay pocas regiones en el mundo en que, como América Latina, tantas personas dediquen toda su energía, todo su talento y todo su valor a la lucha por un futuro mejor".

Y pensamos nosotros que toda labor que se adelante en favor del desarrollo económico y social de nuestros pueblos, por pequeña o grande que ella sea, es sencillamente necesaria y oportuna. De ahí que nos hayamos animado a iniciar el esfuerzo de editar esta Revista que quiere servir de órgano oficial de expresión de todos los paisanos de nuestra América Latina que tengan algo que decir, especialmente si sus palabras puedan ofrecer aportes en la formulación de una teoría del desarrollo latinoamericano.

Invitamos, pues, a los amigos de los países hermanos, a vincularse intelectualmente a este esfuerzo que solo se apoya en la simple aspiración de cumplir con un deber histórico en estos momentos actuales de agitación y de esperanza de nuestros pueblos.

“Han comenzado a irrumpir las nuevas fuerzas renovadoras que permiten presagiar próximos cambios, por cuanto se han propuesto estudiar y conocer las verdaderas causas del subdesarrollo con el firme propósito de facilitar las modificaciones que tanto se anhelan”

Conciencia del desarrollo

(Edición No. 2 - Marzo de 1966)

Después de la Segunda Guerra Mundial los pueblos subdesarrollados han tomado conciencia de su situación, y en una u otra forma realizan esfuerzos para superarla. La tarea es difícil: El subdesarrollo responde a todo un proceso histórico, enclavado en las características más negativas del sistema económico predominante. Por un lado, como bien lo decía la Declaración de México, aparece el concepto de fenómenos y problemas de origen externo que actúan como fuerzas de restricción, representados en la dependencia económica, financiera y política y puestos de manifiesto en las desventajosas relaciones de intercambio, en las inversiones incondicionadas, en los endeudamientos progresivos, etc. Por el otro, el arcaico andamiaje de las modalidades prevalecientes, con su inventario de facetas, puestas de presente en la tenencia de la tierra, la concentración de la riqueza, la desigual distribución del ingreso, la fuga y dilapidación del ahorro, etc.

Ya se sabe que se hace necesario no solo explotar nuestros recursos, sino también buscar el entendimiento entre nuestros países para acoger una

conducta defensiva que posibilite la venta a precios compensatorios. Ya se entiende que solo modificando los basamentos estructurales predominantes podremos conmovir la inercia productiva. E inclusive se comprende que la desordenada conducta de brazos abiertos a la importación de compromisos financieros demanda cuidado y limitaciones. Pero al lado de lo anterior que, bien puede decirse, se ve y se siente, hacía falta la convicción plena de la necesidad de formular un cuerpo de doctrina, una armazón de conducta, un esquema mínimo de teoría que respondiera científicamente a nuestras urgencias y aspiraciones.

Y es esta nueva inquietud la que en buena hora moviliza a los intelectuales, investigadores y pensadores de América Latina. Ha bastado que un grupo de catedráticos responsables se pronunciase, recogiendo en una corta declaración el querer de nuestros pueblos, al reclamar la idoneidad de un cuerpo de doctrina que interpretara las verdaderas causas del desarrollo y formulara los enunciados correctivos que respondan a esa realidad, para que los auténticos voceros del pueblo latinoamericano se hayan apresurado a ofrecer su respaldo y su contingente.

Esta publicación, por ejemplo, se ha sentido abrumada con la multitud de mensajes que expresan su adhesión a los principios mínimos recogidos en los diferentes documentos que se presentaron y aprobaron en México, y que fueron publicados en nuestra primera entrega. E inclusive la sola aparición de **Desarrollo** ha entusiasmado a los buenos latinoamericanos que han tomado en serio la lucha ideológica en favor del crecimiento económico y social de nuestro continente.

Puede darse el caso en algunos grupos y clases sociales de confusión, de oportunismo o de aferramiento al pasado y al presente por los privilegios y dividendos que recogen de las situaciones existentes. Pero al lado de ellas han comenzado a irrumpir las nuevas fuerzas renovadoras que permiten presagiar próximos cambios, por cuanto se han propuesto estudiar

y conocer las verdaderas causas del subdesarrollo con el firme propósito de facilitar las modificaciones que tanto se anhelan.

Y tal vez en esta tarea primaria los investigadores e intelectuales pueden jugar papel muy importante, por cuanto les han de preparar las herramientas teóricas a los líderes de la transformación. Claro está que cuando hablamos de intelectual nos referimos al inconforme social, al humanista que, basado en el análisis de la situación presente, la estudia y la denuncia, formulando a la vez los supuestos teóricos que habrán de servir de base a una situación económica y social diferente.

***“Colombia es, además de un territorio subdesarrollado,
un país sometido al sacrificio de las más tremendas contradicciones
y saturado con un extenso inventario de modalidades económicas,
sociales y políticas que constituyen un verdadero racimo
de obstáculos a su desarrollo”***

Las banderas de Lleras Restrepo

(Edición No. 3 - Junio de 1966)

Entre los colombianos hay expectativa por las actuaciones del nuevo Gobierno que se iniciará el próximo siete de agosto. En realidad, en casi todos los sectores de opinión, inclusive entre los tradicionalmente más pesimistas y escépticos, parece haberse abierto un compás de espera. El país ha venido reclamando desde hace rato profundas modificaciones en su estructura y en sus modalidades institucionales y cambios en el manejo del poder político y en la conducta económica y social.

Y, precisamente, el nuevo Presidente de Colombia, Carlos Lleras Restrepo, tomó como bandera de su campaña electoral, la ideología de la transformación y el cambio. Hasta última hora, ha estado repitiendo que adelantará una serie de reformas que faciliten el desarrollo económico y social del país y que conlleven a asegurar al pueblo logros mínimos de bienestar que hasta el momento han permanecido lejos de su alcance.

Ante los nuevos planteamientos, tal vez sean muchos los que sueñen con

soluciones idílicas, mientras habrá otros que reduzcan al mínimo las posibilidades de realizaciones efectivas.

En verdad, la tarea es más difícil cuando se pretende lograr determinados objetivos, de por sí profundamente revolucionarios, con las herramientas prevalecientes.

Colombia es, además de un territorio subdesarrollado, un país sometido al sacrificio de las más tremendas contradicciones y saturado con un extenso inventario de modalidades económicas, sociales y políticas que constituyen un verdadero racimo de obstáculos a su desarrollo.

Los grupos minoritarios nacionales, representantes de los monopolios extranjeros, de los comerciantes e importadores, de los terratenientes, de los grandes manufactureros, etc., han sabido construir, durante sus largos años de predominio, todo un andamiaje de instrumentos legales, políticos, sociales y económicos, que a veces parece imposible imaginar que a través de las herramientas y condiciones prevalecientes puedan lograrse modificaciones sustanciales.

Pero también sería necio suponer que un Presidente que ha sido favorecido con el respaldo de las mayorías nacionales, no pudiera, si así él lo pretendiese, adelantar en cuatro años de mandato una serie de reformas que permitieran despejar el camino y que sirvieran en el futuro para continuar adelante en la lucha libertadora, en las jornadas revolucionarias.

El doctor Lleras Restrepo es un político progresista y un asiduo estudioso de los problemas nacionales. En innumerables ocasiones de su fecunda trayectoria de estadista, ha dado muestra de claridad ideológica en la defensa de los intereses, no solo de Colombia, sino también de América Latina. Bastaría recordar sus actuaciones en la Conferencia de La Habana -donde defendió las doctrinas proteccionistas ante las pretensiones libre-

cambistas del llamado Plan Clayton- y de Ginebra, en la cual orientó en buena parte la actitud defensiva del mundo subdesarrollado.

Y hay en Colombia un ambiente favorable para adelantar una serie de reformas que ya se han llevado a cabo en otras economías capitalistas parecidas o simplemente para profundizar o modificar algunas que se han comenzado entre nosotros, muchas de ellas inspiradas por el nuevo Presidente.

Podría ser el caso de mencionar lo más trajinados temas relacionados con conocidos fenómenos y características de nuestra economía. Por ejemplo, se espera, entre otras cosas, que en los próximos cuatro años se realice:

- La estatización del Banco de la Republica, a fin de facilitar las labores de la Junta Monetaria
- Se modifique la Ley existente sobre monopolios que, paradójicamente, es un estatuto que legaliza el monopolio privado
- Se corrijan los defectos de la Ley de Reforma Agraria
- Se ponga fin al sistema de cambio múltiple y sus modalidades adicionales que tanto han contribuido a la actividad especulativa y a la fuga y desperdicio de las divisas extranjeras
- Se intente, en busca de una mayor producción, las adecuadas reformas estructurales que faciliten la explotación de los recursos naturales y humanos disponibles
- Se apresure la reforma crediticia que asegure la selección del crédito y la utilización del ahorro nacional en las actividades productivas
- Se limite el uso y abuso del crédito externo, especialmente los empréstitos para inversiones sociales, que tanto agudizan la dependencia
- Se rompa la estrechez del comercio exterior, ampliando la actividad del trueque y utilizando oportuna e integralmente los saldos favorables acumulados
- Se reorganice la Planeación Nacional para hacerla más dinámica y más operante

- Se acelere el proceso de integración económica nacional
- Se estudie más conscientemente la responsabilidad de la integración latinoamericana, aceptando tal integración como un imperativo y como una conducta defensiva de nuestros pueblos
- Se tomen las medidas fiscales, laborales, de tenencias y propiedades, indispensables para corregir la defectuosa distribución de la riqueza y del ingreso nacional
- Se adelanten las modificaciones en la vida administrativa del Estado, que permitan utilizar racionalmente sus recursos fiscales en las tareas que el desarrollo demanda

En fin, nada de esto es nuevo. De ello se ha hablado mucho. Y aunque casi todos estos aspectos los trató en sus discursos el Presidente electo como materia de sus preocupaciones, nosotros no diríamos, si se nos preguntase, que el doctor Lleras Restrepo será o no capaz de realizarlos. Simplemente consideramos que debe hacerlo para corresponder a la responsabilidad contraída y porque pensamos que es posible en el marco del momento histórico en que le tocará gobernar.

"El acuerdo que firmaron en Bogotá los presidentes de Colombia, Venezuela y Chile, y los delegados personales de los presidentes de Ecuador y Perú, constituye uno de los documentos más importantes que se ha producido en los últimos años en América Latina"

La Reunión de Bogotá

(Edición No. 4 – Septiembre de 1966)

Por su espíritu defensivo, por su expresión afirmativa, por sus características realistas, por su trascendencia histórica, el acuerdo que firmaron en Bogotá los presidentes de Colombia, Venezuela y Chile, y los delegados personales de los presidentes de Ecuador y Perú, constituye uno de los documentos más importantes que se ha producido en los últimos años en América Latina.

Primero fue la Declaración de La Habana, manifiesto de la revolución de un pueblo socialista, que recoge los anhelos y las esperanzas de los hombres que ya nada esperan del sistema y de las instituciones predominantes en el Continente.

Ahora se trata de una Declaración y de un Acuerdo de mandatarios que denuncian con claridad y entereza una serie de obstáculos de orígenes externo e interno, que limitan las posibilidades del desarrollo de nuestros países.

Para nosotros, los documentos que aprobaron los presidentes y que acogieron sus gobiernos como normas de conductas de trabajo y de búsqueda de realizaciones futuras, tienen, entre otros, los siguientes significados positivos:

- 1- Permite apreciar rasgos de independencia de un grupo de países latinoamericanos, en su decisión de comenzar a estudiar y a pronunciarse libremente sobre sus problemas, sin llamar a participar en estos actos al vecino poderoso que hasta ahora siempre, en razón de su dominio, acostumbraba determinar las decisiones políticas.
- 2- Señala cierto grado estimulante de conciencia defensiva. Los jefes de gobierno, los conductores políticos y los estadistas, al igual que los teóricos y los investigadores de la economía, parecen comprender que la solución de nuestros problemas depende fundamentalmente de nuestra propia actitud, de la defensa de nuestros intereses, del aprovechamiento de nuestros recursos, de la adopción de estrategias idóneas, de la unidad y de la integración.
- 3- Se basa en hechos más concretos y en supuestos más prácticos: Se supera el lenguaje impreciso de acuerdos anteriores, para concretar una serie de propósitos que hasta hace poco eran mencionados esporádicamente y de manera no oficial. En realidad, hasta ahora, de los encuentros gratuitamente llamados panamericanos, solo han quedado los fárragos de una literatura protocolaria, sinuosa y desteñida, especie de sofismas de distracción que, con adornos literarios y recuerdos históricos, esquivaban sutilmente la enfatización de las verdaderas aspiraciones de estos pueblos. Pero, como es lógico suponer, nada podía -ni puede esperarse en el futuro- de reuniones no homogéneas, donde los invitados e interesados no se confundan en un conjunto de ideales y de aspiraciones, y no sientan los maltratos de una misma situación de explotación y de dependencia.

Podríamos intentar resumir los puntos más interesantes de los convenios y propósitos comentados, mencionando:

- a- El ánimo de acelerar la integración latinoamericana: promoviendo la ejecución de proyectos encaminados a asegurar la facilidad del transporte terrestre, aéreo, acuático y de las comunicaciones; complementando los instrumentos actuales con una política monetaria que conlleve al establecimiento de una unión de pagos entre los países de la Zona, y superando las deficiencias de la ALALC, especialmente con la adopción de fórmulas de tratamientos más equitativos para los países de menor desarrollo relativo;
- b- El deseo de intentar un acercamiento entre la ALALC y el Mercado Común Centroamericano;
- c- La manifestación de la inconformidad por el incumplimiento de las recomendaciones de la Conferencia Mundial de Desarrollo, vale decir, por el deterioro de la relación de los términos de intercambio;
- d- La consideración de que el capital extranjero debe ser reglamentado y sus actividades condicionadas.

Es verdad que los aspectos que pudiéramos considerar como básicos aún han sido tratados de una manera vaga y con cierta dosis de timidez. Pero tratándose de la primera posición tomada por los gobernantes no ortodoxamente revolucionarios, sino más bien declarados reformistas, es mucho lo que se ha logrado y bastante lo que hoy se le ha presentado a los gobernantes de los otros países latinoamericanos como tema de inquietudes para posibles determinaciones más radicales en el futuro.

Porque en realidad en nuestros días sería ilusorio invocar mejores tratos de los países poderosos, sin antes asegurar una posición defensiva que permita reclamar y exigir. Y en cuanto se refiere a los problemas de la balanza de pagos y de la financiación del desarrollo, ya sabemos que en los momentos actuales la compra de servicios -representada en los pagos de intereses, envío de utilidades, compra de alimentos, etc.- constituye realmente el más grave problema de nuestra dependencia y el más marcado obstáculo al desarrollo de la América Latina.

"Bueno es recordar que al lado de las actitudes de pura política económica, el país continúa reclamando las profundas modificaciones estructurales que se manifiestan con absoluta claridad como mamparas al desarrollo económico y social"

La nueva política económica colombiana

(Edición No. 5 - Febrero de 1967)

En los últimos meses del año pasado, los colombianos recibieron con satisfacción las medidas económicas decretadas por el Gobierno Nacional y aplaudieron la correcta actitud asumida por el señor Presidente de la República, doctor Carlos Lleras Restrepo, al rechazar las pretensiones del Fondo Monetario Internacional.

Con esta nueva posición oficial, Colombia ha comenzado a adquirir una fisonomía diferente, y parece aprestarse a modificar conductas equivocadas que venían prevaleciendo a costa de su desarrollo y en desmedro de su dignidad y de su soberanía.

En el campo político, por ejemplo, se destaca la declaración del señor Presidente de rechazo a las pretendidas imposiciones de un organismo de crédito extranjero, ya famoso por cierto en la historia de la dependencia de los países atrasados por su marcada actividad imperialista, por la insolencia de sus actos, por el descaro de sus intervenciones e imposiciones.

Y no menos importante ha de considerarse la reanudación de relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas, cuya anterior inexistencia solo puede interpretarse como una muestra exagerada de lacayismo ante cierta potencia, de prejuicios políticos reaccionarios o de temores infundados.

En el campo económico, la terminación de la nefasta práctica del libre comercio de divisas, bien puede augurarse como un primer paso positivo en la anhelada transformación de nuestra política económica que tanto reclama el actual momento histórico. Con la simple medida del control de cambios, ya practicada en el país en épocas pasadas, y sostenida por otras economías latinoamericanas desde hace tiempo, se puso fin a un oscuro periodo donde adquirieron su máxima expresión la especulación financiera y el derroche de buena parte del trabajo nacional, representado en el valor de exportaciones que servían para alimentar y fomentar el turismo al exterior, el contrabando, la repatriación de utilidades y la fuga de capitales.

La verdad es que el pueblo colombiano ha saboreado el nuevo estilo de Gobierno. Y más que a la expectativa parece haber entrado en una situación de entusiasmo y de esperanza. Porque una vez dado el primer paso, todo permite suponer que se seguirá adelante, por lo menos implantando medidas complementarias que faciliten la obtención de resultados favorables a corto plazo.

De esta manera se previene que en materia cambiaria y crediticia el Gobierno está en la obligación de recuperar su soberanía monetaria interna, oficializando el banco central. Porque sería por demás inaudito e incomprensible que el Banco de la República -único caso en el mundo actual- siguiera en manos y como propiedad exclusiva de banqueros privados extranjeros y nacionales.

Pero bueno es recordar que al lado de las actitudes de pura política económica, el país continúa reclamando las profundas modificaciones estructurales que se manifiestan con absoluta claridad como mamparas al desarrollo económico y social.

De esta manera, conjuntamente con las conductas de restricción de los gastos de funcionamiento público, de equilibrio presupuestal, de ajuste en la balanza de pagos, de control inflacionario, deben acometerse las transformaciones estructurales que son origen y causa del sinnúmero de problemas y obstáculos que distorsionan el crecimiento.

En el campo de la producción, la tenencia de la tierra exige una auténtica reforma integral. En el sector manufacturero, las inversiones deben alimentarse generosamente con el mejor uso de las fuentes de capital que en nuestros días se dilapidan en consumos suntuarios, en los compromisos financieros foráneos, en la remesa de utilidades, en los gastos de servicios de la balanza, etc. Pero también la defensa de esa actividad -la industrial- debe ser condicionada al desarrollo en general, recortando sus privilegios, rompiendo su modalidad monopolística.

En fin, son muchas e impostergables las reformas que el país demanda y que espera que continúe adelantando el gobierno que se ha llamado de la Transformación.

Sin embargo, nos atrevemos a pensar que en el Gobierno, mejor dicho, en el conjunto de hombres en el cual recae la responsabilidad de la transformación, se hacen indispensables ciertos ajustes. Vale decir, que los programas de transformación del Presidente Lleras, su vitalidad ideológica, su capacidad de trabajo, su posición progresista, repele con la mentalidad de buena parte de su equipo de seudotécnicos, de asesores, de funcionarios nacionales, departamentales y municipales -gobernadores y alcaldes-, salidos de los grupos económicos o politiqueros que siempre han supeditado los intereses nacionales a sus intereses personales o a sus viciosas modalidades y actuaciones.

"Nos atrevemos a pensar que las condiciones para las grandes transformaciones, ya para el caso de las reformas o de las profundas revoluciones, son adecuadas y se presagian en el ambiente y en el momento histórico"

Logros del Gobierno en el campo internacional

(Edición No. 6 - Noviembre de 1967)

Cuatro han sido, a nuestro parecer, las realizaciones e intervenciones del Presidente de la República, apenas en un poco más de un año de Gobierno, que pueden considerarse fundamentales en el campo internacional.

Primeramente fue la promoción del encuentro en Bogotá de los gobernantes de algunos países latinoamericanos que conforman el grupo llamado de los Andes. Como resultado de esa cita, se suscribió un pacto de positivas intenciones defensivas en el campo económico. Pero en realidad más que en el mismo contenido de documento, conocido con el nombre de Carta de Bogotá, la importancia de aquel acontecimiento hay que sopesarla en el hecho, por demás novedoso y estimulante en la dura tarea de la superación de la dependencia, de que varios países se reunieron por su propia cuenta, sin la participación, y más bien con la exclusión consciente, del poderoso vecino del Norte, a estudiar sus problemas y a considerar posibles estrategias para excederlos.

En segundo lugar, debe mencionarse la decisión, tan natural para otras

naciones pero revolucionaria en la estructura arcaica, retrógrada y sometida de nuestra economía, de establecer relaciones comerciales con los países socialistas europeos.

Como tercer suceso digno de recordarse aparece la valerosa y oportuna denuncia a las pretensiones del Fondo Monetario Internacional. La conducta de este organismo de crédito, claro exponente de la modalidad neo-imperialista de post-guerra, fue criticada por el jefe del Gobierno, dejando por lo menos el saldo favorable de la denuncia pública a la manera como realmente se manifiestan hacia nosotros los llamados programas de ayudas o la tan divulgada teoría de la financiación del desarrollo con recursos externos.

Y, por último, hace apenas unos días, al comentar las incidencias de la reunión de Londres de los representantes de los países cafeteros, el doctor Carlos Lleras Restrepo se dirigió a los pueblos de América Latina para ponerles de presente la necesidad de comprenderse y unirse en la defensa de sus intereses económicos, atropellados cada día más por las grandes potencias de Occidente. Con su ya conocida claridad y entereza de carácter, el Presidente de Colombia ridiculizó los lemas de confraternidad que nos envían periódicamente, para afirmar que la verdad es que el trato que se da a los países subdesarrolladas es no solo injusto sino duro, y el mundo no puede soportarlo más porque toda injusticia tiene su término.

Este pequeño inventario en la política internacional de las actuaciones de un gobernante en apenas una cuarta parte de su periodo de mandato, nos parece fecundo. Es verdad que nuestra posición ideológica y las aspiraciones reivindicativas de nuestros pueblos no solo exigen mucho más, sino que condicionan sencillamente la búsqueda del desarrollo, con base en las aportaciones teóricas de los economistas libres de América Latina, a la superación integral de los obstáculos estructurales internos y externos.

De esta manera -y para continuar limitándonos al orden internacional-, sabemos que solo los cambios profundos que conduzcan a modificar la estructura que hoy facilita: a) el deterioro de los precios en las relaciones comerciales; b) el desgaste y derroche de los recursos de exportación en pagos de servicios; c) la explotación incondicionada y libre de los recursos naturales y humanos por las intervenciones directas extranjeras, con su apéndice de expatriación de utilidades, y d) la financiación de gastos oficiales y de obras infraestructurales con créditos y ayudas foráneas que conllevan, como han conllevado a través de nuestra historia, a toda una rica gama de dependencia, entre las cuales sobresalen la económica, la comercial, la política, la cultural, la tecnológica, etc., en realidad de verdad, solo dichos cambios, repetimos, pueden servir de garantía para la obtención de la dignidad, de la independencia plena y de la prosperidad económica y social que aún no ha podido lograr nuestro pueblo.

Pero, nos atrevemos a pensar que las condiciones para las grandes transformaciones, ya para el caso de las reformas o de las profundas revoluciones, son adecuadas y se presagian en el ambiente y en el momento histórico. Bastaría, limitándonos al aspecto de las posibles reformas, analizar las consecuencias favorables que podría contabilizar el Gobierno actual con la unión del Partido Liberal para respaldar y alimentar sus características progresistas.

Porque el partido mayoritario de Colombia, que en el pasado se mostraba como el abanderado de ideas populares, radicales y progresistas, ha recibido nuevamente su ala izquierda con sus programas revolucionarios. Este acontecimiento, que sin lugar a dudas revitalizará ideológicamente al partido de nuestro primer Gobernante, tendrá que conducir a modificaciones políticas que podrían más tarde servir de respaldo y de base a programas y conductas económicas oficiales más audaces.

“Sobre tus hombros, juventud, descansa la responsabilidad de construir una Patria justa, generosa y equitativa. Ojalá que mañana sepáis cumplir con ese deber. Porque solo así podrán ustedes, jóvenes de hoy, compensar los sacrificios de sus padres y profesores que se embriagan con la ilusión y la esperanza”

Un mensaje a la juventud

(Edición No. 7 – Junio de 1968)

En nuestra sociedad, pese a su característica egoísta, siempre hay personas que se apartan de las modalidades establecidas, de las costumbres prevalecientes, de las formas de comportamiento de los individuos y de los grupos sociales. Es verdad que las instituciones, las costumbres, la conciencia y el pensamiento de la comunidad y del hombre son simples agentes de expresión del grado de desenvolvimiento de las fuerzas materiales imperantes. Pero en la dinámica permanente de la existencia, la lucha del ser y del no ser y los cambios que su movimiento causa, permite y facilita los agentes inconformes, intelectuales y revolucionarios que sientan su protesta, que vislumbran el futuro, que presagian el devenir. Es éste el papel que juegan el moralista, el intelectual, el revolucionario y, fundamentalmente, la juventud. Son ellos la reserva de la humanidad, los que aceleran su avance, los que impulsan las mutaciones, los que señalan los caminos.

De ahí que el encuentro del intelectual con la juventud aparezca, en todo

momento, como un acontecimiento interesante. Porque, para nosotros, el intelectual es el inconforme consciente, es el rebelde con causa, es el humanista que denuncia sin descanso la problemática que afecta y deforma la organización social. Además, el intelectual es una especie de heraldo de hechos que en las leyes de la historia y del tiempo habrán de cumplirse en el futuro, como a su vez la juventud es la insurgencia, la pasión y la acción, el idealismo o simplemente la esperanza.

¿Y qué puede decirle, podríamos preguntar, un intelectual colombiano a la juventud de su país?

Para responder a su auténtica característica, el intelectual debe ser sincero y veraz. No esconder la realidad, no disimular sus sensaciones. De ahí que para la juventud que intenta aparecer en escena con espíritu nobilísimo, con inquietudes de servicio, con anhelos de superación, con mira de horizontes, el mensaje no puede disimularse en palabrerías sin sentido, en consejos falaces.

A esta juventud que irrumpe ilusionada hay que recordarle que su responsabilidad es delicada, que su misión es mesiánica. Porque en verdad los jóvenes de hoy van a tener, como nadie más hasta ahora, la oportunidad de trabajar por la transformación de la Patria: El mundo vive momentos coyunturales. Ante la existencia de pueblos poderosos y pueblos débiles, de injusticias sociales, de opresiones, de amenazas bélicas, los pueblos sufridos se aprestan a emprender las faenas liberadoras, las jornadas reivindicativas. Es un periodo de reajuste el que la humanidad contempla, ¡y qué hecho más oportuno que encontrarse en la escena!

Sería necio, por ejemplo, hablar de la Patria hermosa a la juventud cuando sabemos que la Patria está enferma, maltratada y deformada por un sistema que la presenta unas veces humillada y otras injusta. La verdad es que no puede ser la Patria idealizada y bondadosa aquella donde mueren

diariamente cien niños de inanición mientras sus campos permanecen incultos, ni donde, como se acaba de denunciar por la autoridad competente, cada hora que pasa la tuberculosis mata a un hombre, mientras medio millón de personas esperan su turno con los pulmones carcomidos.

Todos los días, los economistas y sociólogos denuncian la situación de dependencia de Colombia: Los intereses extranjeros explotan libremente nuestros recursos; el valor del trabajo nacional se merma, a manera de sangría, por efecto del permanente deterioro de los precios en las relaciones de intercambio; los capitales potenciales, que bien podrían sumarse a las posibilidades de inversión, se dilapidan en consumos suntuarios o se escapan en depósitos ocultos. Esta sujeción económica a intereses exógenos, no solo limita y distorsiona el crecimiento, sino que también aplasta la autenticidad y moldea, en buena parte, la superestructura: vale decir, conlleva a la dependencia política y cultural, a la negación de los valores autóctonos, a la imitación, a la superficialidad.

Y todos los días también se nos indica cómo en Colombia persisten las manifestaciones aberrantes de los países subdesarrollados. Por ejemplo, un 40% de nuestros hermanos permanece en las tinieblas del analfabetismo; en los campos, el labriego apenas sí subsiste; en las ciudades, los tugurios parecen carnavales de miseria.

¿Y dónde sucede esto? Nada menos que en un vasto territorio, irónicamente muy rico, repleto de posibilidades, mimado de la naturaleza. Es el gran contrasentido, es el hecho increíble, pero real. No se trata de nada misterioso, ni inexplicable. Las causas de estos fenómenos se conocen, se mencionan a cada momento. Sabemos, por ejemplo, que mientras 698.424 auténticos campesinos apenas poseen 987.120 hectáreas de tierra para producir los frutos y cereales que necesitamos consumir, apenas unos 6.902 terratenientes son dueños de 11.052.383 hectáreas, dedicadas a ganaderías extensivas o, en la mayoría de los casos, a espera de valo-

rización. Conocemos de la misma manera que de 273.711 accionistas que había en el país hace unos cuatro años y que representaban el capital de las grandes empresas extranjeras y nacionales, solo unos 362 accionistas, aproximadamente unas 30 familias (a razón de 10 accionistas por familia), eran dueñas del 53% de toda su riqueza. Lógicamente esta profunda diferencia en los ingresos determina la gravedad social del país, que hoy pesa sobre sus posibilidades, apareciendo como el principal obstáculo a su desarrollo.

Es esta la radiografía de la Patria actual que no podemos disimular, aunque a muchos asuste. Y es esta, precisamente, la imagen que tiene que modificarse. Y en esta tarea están empeñados ya algunos colombianos. Pero en realidad, pensamos nosotros, más que todo, tan meritoria jornada estará a cargo de la juventud que se prepara a actuar en un futuro inmediato.

Sobre tus hombros, juventud, descansa la responsabilidad de construir una Patria justa, generosa y equitativa. Ojalá que mañana sepáis cumplir con ese deber. Porque solo así podrán ustedes, jóvenes de hoy, compensar los sacrificios de sus padres y profesores que se embriagan con la ilusión y la esperanza.

“En el caso particular de Cuba, el retorno a las relaciones comerciales y diplomáticas es casi un imperativo, primero, para superar la vergüenza colectiva de los gobiernos latinoamericanos que en el pasado siguieron las indicaciones señaladas y las exigencias de los Estados Unidos, y segundo, para sumarse a la posición gallarda e independiente de México”

Relaciones diplomáticas con Cuba

(Edición No. 8 - Septiembre de 1968)

La presencia de Alfonso López Michelsen, hasta hace pocos meses jefe del Movimiento Revolucionario Liberal (M.R.L.), en el Ministerio de Relaciones Exteriores, ha llenado de optimismo a los intelectuales, políticos progresistas, hombres de trabajo y ciudadanos honestos que anhelan una política exterior más independiente, más digna y más armoniosa con los intereses de Colombia y de América Latina.

En años pasados, el M.R.L. fue el depositario en Colombia de buena parte del ideario de la gloriosa Revolución Cubana y tanto en el Parlamento como en la plaza pública dejó constancia de su respaldo espiritual, especialmente en los momentos difíciles de la invasión mercenaria e imperialista de Bahía Cochinos. Más aún, el Movimiento Revolucionario Liberal ha presentado en esta década la vanguardia ideológica de los partidos tradicionales y en su seno se agruparon buena parte de los hombres más

representativos de las doctrinas progresistas y de las inquietudes de liberación económica y política de nuestro país.

Ya en estas mismas páginas en meses pasados reconocíamos las acertadas medidas tomadas por el gobierno actual, al reanudar las relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas de Europa. En esa nueva etapa, de vuelta a situaciones ya existentes en el pasado que concuerda con las más elementales exigencias del momento histórico actual, el Presidente Carlos Lleras Restrepo no cedió ante la presión de las fuerzas más retardatarias y entreguistas que intentaron oponerse. Las acertadas actividades desplegadas por el doctor Julio César Turbay Ayala, jefe de la misión colombiana ante las Naciones Unidas, concluyeron en poco tiempo con todo éxito.

Contando ahora el Gobierno con la participación y el respaldo del Movimiento Revolucionario Liberal, y estando al frente de la Cancillería su fundador y jefe, todo parece suponer que el rescate de la soberanía nacional en el campo internacional seguirá adelante y que el país, como corresponde a sus intereses y a sus conveniencias, extenderá sus relaciones diplomáticas con los otros países socialistas, especialmente con China y Cuba.

En el caso particular de Cuba, el retorno a las relaciones comerciales y diplomáticas es casi un imperativo, primero, para superar la vergüenza colectiva de los gobiernos latinoamericanos que en el pasado siguieron las indicaciones señaladas y las exigencias de los Estados Unidos, y segundo, para sumarse a la posición gallarda e independiente de México.

Porque nada más inaudito, aunque se trate de sistemas económicos diferentes, que señalar grados extremos de animosidad contra un pueblo hermano al cual tanto nos une -historia, cultura, idiosincrasia, esperanzas- y del cual solo nos separa la envidiable ventaja de haberse adelantado en el camino inevitable de una nueva organización social.

En el campo estrictamente económico, las relaciones comerciales con Cuba no solo permitirían recuperar los movimientos de mercancías del pasado, sino que ahora, con la tendencia del intercambio interlatinoamericano, podrían lograrse mejores posibilidades para beneficio de los dos países. Tanto es así que los gremios económicos más autorizados -y entre ellos el más nacionalista, auténtico, sufrido y libre, como es el de la pequeña industria- se han manifestado más o menos en este sentido a través de sus voceros: Recientemente Darío Álvarez Londoño, ex director nacional de la Federación Nacional de Comerciantes -Fenalco- pedía que se invitara a Cuba a participar en la próxima Feria Internacional, mientras Roberto Carbonell, director honorario de la Asociación Colombiana de Pequeños y Medianos industriales -Acopi-, se sumaba a esa inquietud y agregaba estas significantes palabras en una carta abierta: "Colombia y Latinoamérica deben mirar hacia Cuba".

“En esta Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo -UNCTAD-, se cayó nuevamente en el error de confundir a la economía con una ciencia moral y, naturalmente, a la estrategia de la política económica con un manual de la pordiosería”

El Consejo Mundial de la Paz y la UNCTAD

(Edición No. 18 – Mayo de 1972)

Un documento realmente trascendental fue el elaborado y presentado a la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, UNCTAD, por el Consejo Mundial de la Paz, CMP.

El famoso y respetable organismo que durante más de dos décadas ha venido adelantando una reconocida labor no sólo a favor de la divulgación de los ideales de la Paz universal, sino también en defensa de los derechos y aspiraciones de los pueblos que luchan por su independencia económica y por sus liberaciones políticas, ha dejado constancia de su preocupación por los problemas económicos que aquejan a los países del Tercer Mundo, redactando un juicioso estudio, verdaderamente rico en sugerencias doctrinarias.

A Chile llegaron los países subdesarrollados con mejores deseos de superar las deficiencias de las dos conferencias anteriores y de estudiar nuevas estrategias, particularmente en el campo de las relaciones comerciales con los países desarrollados.

Sin embargo, desde el comienzo de las sesiones -que por cierto acaban de terminar con resultados muy poco positivos-, dos conocidas y funestas tendencias volvieron a pasearse por el escenario de las discusiones.

La primera, representada por el lenguaje de la súplica y la consideración moral en el tratamiento de los fenómenos económico-comerciales. Se volvió nuevamente, por ejemplo, en la búsqueda a la solución de los problemas del deterioro en las relaciones de intercambio, la baja relativa de la participación porcentual en los volúmenes totales del comercio mundial, la exportación de ciertas manufacturas, los créditos internacionales, etc., a pensar que tales hechos, que tanto afectan a las naciones subdesarrolladas y que aparecen como auténticos muestrarios de la realidad estructural que obstaculiza el crecimiento, puedan llegar a tener solución a través de la invocación a los poderosos de conductas caritativas más adecuadas o de ruegos lastimeros para lograr tratamientos distintos.

Nuevamente se cayó en el error de confundir a la economía con una ciencia moral y, naturalmente, a la estrategia de la política económica con un manual de la pordiosería. Más aún, con reiterada ingenuidad, voceros de gobiernos de los países expoliados del mundo, cuyas situaciones desventajosas de subdesarrollo y dependencia se deben precisamente al usufructo que de sus riquezas naturales han hecho en el proceso de su historia los países poderosos, a la imposición de sus ideologías económicas y, en cierta manera, al manejo de sus conductas comerciales, insisten en soñar que el corazón de un Goliat pueda conmoverse ante las lágrimas de un David. Como si las grandes corporaciones, los *trusts*, todas las empresas imperialistas internacionales, que al fin y al cabo expresan con sus actuaciones el espíritu de la organización social y de las instituciones de los países de donde son oriundas, pudiesen tener sentimientos o apartarse un instante de su filosofía individualista y lucrativa. Y como si alguna vez en la historia de la humanidad se hubiese dado el caso de que la suerte de los que tienen problemas comunes, similitud de ideales y coincidencias en

esperanzas reivindicativas y liberatorias, no dependiese en sumo grado de la actitud consciente defensiva que se adopte y en la decisión de responsabilizarse por cuenta propia del logro de determinados objetivos.

La segunda observación atañe a la tendencia de las delegaciones participantes a tomar partido agrupándose por continentes, dando la sensación de divisiones internas dentro del seno de la gran hermandad de los países subdesarrollados. Sin lugar a dudas, aunque pueda ser cierto que dentro del contexto de las realidades de noventa y pico países asistentes a la UNCTAD hay algunos que necesitan tratamientos especiales, la verdad es que estas situaciones divisionistas son alimentadas por los intereses de los países poderosos con el objeto de evitar decisiones y entendimientos más concretos de los países dependientes que pudiesen afectar sus intereses o sus condiciones de dominio.

Y en el análisis de estos temas, así como en otros de no poca importancia, es donde puede apreciarse la originalidad de la ponencia presentada por el Consejo Mundial de la Paz. Al referirse a ellos se afirma, por ejemplo, que “dos de los pre-requisitos fundamentales del desarrollo son la total soberanía de los pueblos de los países en desarrollo sobre sus recursos naturales y sus derechos a realizar transformaciones sociales necesarias”.

Pero, con claridad y énfasis poco acostumbrado en el protocolo de las sugerencias en este tipo de reuniones internacionales, el Consejo Mundial de la Paz recomienda a la UNCTAD acordar una declaración que deje firmemente establecido que todos los países tienen el derecho incondicional de rescatar las propiedades explotadas por empresas extranjeras en los términos que sólo dichos países pueden determinar. De la misma forma se tratan otros aspectos de los fenómenos estructurales de las economías subdesarrolladas, como son los casos de la transferencia de tecnología, la integración, la remoción de barreras comerciales, las reformas monetarias, etc.

“Aunque la denominación intelectual es muy amplia, sin embargo debe suponer, más allá del hombre culturizado o del rebelde sin causa, al investigador y estudioso de la realidad, al científico analizador de las leyes naturales y sociales, al inconforme social que denuncia y además facilita situaciones diferentes, creando conciencia en las masas y clases que aparecen como agentes de los cambios”

El intelectual y la conciencia política

(Edición No. 23 – Abril de 1974)

En estos momentos de tanta significación en el proceso de la historia de nuestros pueblos, le corresponde al intelectual manifestarse en su verdadero papel. Naturalmente que es bueno recordar que en este caso el concepto de intelectual se toma en su auténtica acepción de compromiso crítico y creador. No queremos referirnos a los doctos y eruditos que pretenden de imparciales, a los artistas y escritores cobijados en la sospechosa idealidad del arte por el arte, ni mucho menos a los profesionales y técnicos que utilizan sus conocimientos exclusivamente para el usufructo provechoso individual o para perpetuar el predominio del estatus que resguarda sus intereses.

En realidad, aunque la denominación intelectual es muy amplia, sin embargo debe suponer, más allá del hombre culturizado o del rebelde sin causa, al investigador y estudioso de la realidad, al científico analizador de las leyes naturales y sociales, al inconforme social que denuncia y además

facilita situaciones diferentes, creando conciencia en las masas y clases que aparecen como agentes de los cambios.

En este sentido la posición del intelectual es prioritaria y su misión de máxima responsabilidad. Y no es esta una apreciación gratuita para buscar honores elitistas, sino más bien para acrecentar compromisos y clarificar responsabilidades.

Precisamente algunas veces ciertos grupos activistas de estudiantes intentan esquivar sus obligaciones desvirtuando una de las muchas oportunidades y deberes que corresponden a la Universidad, al negarle toda trascendencia en la tarea revolucionaria, por considerarla una institución al servicio del sistema.

Y se olvidan ellos que la Universidad, como vivo laboratorio de análisis y de diálogo, divulgadora de conocimientos y facilitadora de formación cultural crítica, está brindando atractivas ocasiones a los estudiantes que toman el camino del compromiso. Tarde o temprano, pese a sus limitaciones y periódicas represiones, la Universidad en su conjunto, en el transcurso de la historia, contribuye al avance de la humanidad en sus períodos críticos.

Las revoluciones no son el fruto de la espontaneidad. Es cierto que el proceso dialéctico va creando las condiciones adecuadas. Pero en los instantes claves solo la conciencia del cambio facilita y asegura el cambio. Y esta aptitud concienical no puede estar restringida a unos pocos sino que debe abarcar el mayor número de los afectados por las condiciones prevalecientes.

Ya se ha dicho, con mucha razón, que la revolución no la hacen los que más la necesitan, sino los que tienen conciencia de ella. Los desclasados, mendigos o sirvientes, siguen dando gracias a Dios por la bondad caritativa del señor que les da la limosna.

te, su papel de intelectual y su principal encargo de revolucionario.

La conciencia política en el hombre permanece adscrita a su conducta. Ella es más importante que la conciencia de clase. Porque ésta naturalmente se pierde al pasarse de un estrato social a otro. La conciencia política se adquiere con el conocimiento de las leyes del desarrollo social y supone el convencimiento intelectual de los preceptos dialécticos que esclarecen, en el campo económico-sociológico, la mutabilidad de los sistemas y fundamentan las luchas de los hombres en la búsqueda del predominio a través de las clases sociales a las cuales pertenecen.

La conciencia política constituye un peldaño superior en la escala de valores que condicionan la conducta humana. Al sentido de clases -etapa primaria, de promisoria captación que refleja situaciones anímicas sobre los estamentos morales de lo establecido - sigue la definida conciencia de clases de los que aparecen como sujetos de una situación particular en el desenvolvimiento de las relaciones sociales de producción. Pero la conciencia política, con su respaldo científico del conocimiento de la realidad social y de su proceso, define el compromiso en la lucha para el logro de situaciones deducidas e inevitablemente venideras.

De ahí la importancia de la tarea del intelectual en su gestión concientizadora al realizar la doble labor de divulgación de los enunciados universales de la filosofía dialéctica y estudiar, a su vez, los problemas concretos que afectan a cada realidad para poder deducir la teoría de la estrategia de la acción.

“En nuestros días el estudio del descentralismo es algo serio: supone la superación de las anormalidades aportadas por el centralismo, pero en busca de una auténtica unidad nacional que asegure el desarrollo armónico espacial”

El descentralismo y el desarrollo

(Edición No. 26 – Noviembre de 1974)

La lucha por el descentralismo había venido siendo deformada, confundiendo con posiciones vulgares regionalistas que llegaban algunas veces a pretender alegremente desmembraciones nacionales y formaciones de republiquetas en una era en que los nuevos fenómenos y perspectivas económicas del mundo obligan a pensar seriamente en la integraciones subcontinentales y continentales.

En nuestros días, el estudio del descentralismo es algo serio: supone la superación de las anormalidades aportadas por el centralismo, pero en busca de una auténtica unidad nacional que asegure el desarrollo armónico espacial.

En América Latina y en Europa, los investigadores diagnostican al centralismo como uno de los fenómenos comprometidos en las causas del subdesarrollo de regiones y países. Y el descentralismo, que antes se trataba emocionalmente, de manera esporádica en vísperas electorales, o bajo la frialdad de las conveniencias materiales de la teoría económica capita-

lista, constituye ahora todo un cuerpo de doctrina con exigencias revolucionarias, en busca no solo de reivindicaciones económico-sociales sino, además, intelectuales y culturales.

En la economía capitalista, por ejemplo, el descentralismo está enmarcado en las ventajas de la localización de la actividad económica. La Economía, preocupada por la reducción de los costos y por la más adecuada utilización de los recursos, ha estado atenta de lo que ha venido a llamarse teoría económica espacial.

Dentro del ámbito amplio de un continente o de un país y bajo el marco histórico de un sistema económico particular, los economistas empezaron, desde hace años, a inquietarse teórica y objetivamente por clasificar y localizar los territorios más aptos para la actividad productiva. Entonces, para enmarcar a la región ideal, abundaron las consideraciones. Sin embargo, desde un comienzo el interés de la teoría giró alrededor de la comprobación de las que un autor llamó "condiciones especiales más favorables para una empresa o para una producción", distinguiendo entre las condiciones naturales y técnicas, a las que está sujeta una explotación debido a la ubicación geográfica, y los factores económicos que influyen sobre los costos de producción, posibilidades de abastecimiento y venta, para considerar que la localización óptima de una producción resultaba ser aquel punto en el cual la suma de los costos de abastecimiento y producción era única.

En el caso concreto de la localización industrial, se ha tenido en cuenta desde un comienzo recomendar la distancia de los sitios productores de la materia prima por el papel que juega el transporte en el costo total. De ahí que un investigador dijera enfáticamente que la proximidad de la materia prima debe determinar en forma esencial la localización de la industria, debido a la pérdida de peso que se da en la manufacturación.

Pero, a medida que el interés aumentaba por el estudio de la Economía Espacial, los fenómenos determinantes de una buena localización comenzaron a ser analizados con más cuidado. De esta manera, otros autores hablaron más tarde del triángulo de la localización para suponer que una adecuada política de ubicación de la actividad industrial del transporte debe basarse en las ventajas que se ofrezcan en la obtención de las materias primas y auxiliares, en el costo del transporte y en la distancia a los centros de consumo.

Quiere decir lo anterior, para el caso de producción de mercancías manufacturadas para fines de consumo interno o externo, que las fábricas necesariamente deben localizarse: a) En los sitios donde resulte más ventajoso o menos costoso obtener la materia prima -ya sea que esa materia prima provenga del mismo país o del exterior- y los factores o servicios de la producción; b) En los sitios más próximos a los centros de consumo o estratégicamente mejor situados, por ejemplo, por una más fácil y barata vía de acceso a esos mercados, y c) Por los menores costos del transporte.

Relacionados los planteamientos teóricos anteriores, por ejemplo, con el caso de las economías latinoamericanas y colombiana, el aspecto del trabajo deja de jugar un papel importante -si exceptuamos un poco a Venezuela-, por la casi uniformidad de estos costos y por la rigidez interna de las normas legales sobre salarios mínimos. De ahí que los hechos más importantes se desprendan de los costos del transporte y de la localización de la materia prima. Pero, aun suponiendo que existiese una igualdad de condiciones en los costos de producción total (por ejemplo, que costase lo mismo producir en dos sitios diferentes de una economía nacional para un consumo nacional o en dos sitios diferentes de una economía internacional para un consumo internacional), la estrategia de la localización se limitaría al análisis de los costos del transporte, teniendo en cuenta la situación de los mercados de consumo.

Sin embargo, otros planteamientos más recientes ofrecen suposiciones teóricas complementarias que podrían servir para respaldar tesis en favor de un replanteamiento en la estrategia de la descentralización en un país como Colombia, si se tiene en cuenta el contenido de la conocida teoría del mercado y de la localización.

“Existe la posibilidad, como así está sucediendo, de que el divulgador criollo (por ejemplo, colombiano o latinoamericano) rompa el cerco de la divulgación dependiente y vaya más allá, irrumpiendo en el estudio de los aportes de sus coterráneos, tan ignorados y menospreciados, no solo por los historiadores de las metrópolis dominantes, sino también por nuestros propios estudiosos”

Sociología, subdesarrollo y dependencia

(Edición No. 32 – Abril de 1976)

La superioridad de nuestros divulgadores del pensamiento universal sobre los foráneos, se respalda en dos razones principales: idiomática, por cuanto supera las deficiencias de las traducciones, y dialéctica, porque juzga e interpreta la ideologías del pasado en función del espacio geográfico y el marco histórico en que fueron formuladas. Con lo primero se gana mucho, por lo agradable y beneficiosa que se hace la lectura para el estudiante que se inicia, sobre todo si se tiene en cuenta que algunas de las teorías comentadas fueron escritas en lenguaje técnico y estilo árido; con lo segundo, porque los diferentes aportes se les ve y analiza desde la óptica de la realidad concreta de la organización social de sus países de origen, sopesando la incidencia que en la cultura receptora tuvieron en su tiempo.

Pero, aún más, porque existe la posibilidad, como así está sucediendo,

de que el divulgador criollo (por ejemplo, colombiano o latinoamericano) rompa el cerco de la divulgación dependiente y vaya más allá, irrumpiendo en el estudio de los aportes de sus coterráneos, tan ignorados y menospreciados, no solo por los historiadores de las metrópolis dominantes, sino también por nuestros propios estudiosos.

Y es así como Jesús Silva Herzog, después de editar todo un tratado del pensamiento social europeo, escribe una historia de las ideas económicas mexicanas; Oreste Popescu publica un curso completo de Teoría Económica General e incursiona afortunadamente en el estudio de los aportes originales de los argentinos, bolivianos y colombianos; Manuel Agustín Aguirre resume en dos volúmenes la doctrina económica europea y sigue después observando la responsabilidad de los estudios del Ecuador y el subcontinente, etc., y Darío Samper anuncia la próxima publicación de su Sociología Latinoamericana.

Interesante, por demás, todo este despertar. Porque ha llegado el momento de estudiar un poco más de la historia del pensamiento social que recogen los textos escritos por alemanes, ingleses, franceses, italianos, rusos, norteamericanos, etc. Estos textos tienen una frontera: ellos sólo incursionan en sus propios territorios y continentes, en sus acontecimientos y en los aportes ideológicos de sus teóricos.

Y las ciencias sociales son eminentemente históricas, geográficas y políticas: cada espacio, cada día y cada estructura, presenta su particularidad. No quiere decir esto que se ignore el carácter universal de ciertas leyes sociales. Por el contrario, dichas leyes sirven para afianzar la responsabilidad del estudio, conocimiento y análisis de los fenómenos y los problemas concretos, y de su divulgación. Lo que no puede aceptarse es que se pretenda imponernos como teoría de la estrategia de nuestras soluciones e ideales, la que ha surgido o ha sido expuesta por pensadores que obser-

varon otras condiciones, grados diferentes de organizaciones sociales, o simplemente respondieron a intereses distintos y antagónicos.

De ahí la importancia de la labor de nuestros divulgadores e historiadores del pensamiento social. Porque ellos pueden analizar las diferentes doctrinas y posiciones ideológicas del pasado de otros pueblos como preámbulo cultural indispensable para entrar a estudiar nuestra propia historia. Este método -por lo menos en cuanto se refiere al estudio de la etapa moderna (por ejemplo, del Mercantilismo, en términos económicos, o del Renacimiento, con fundamento en lo artístico y filosófico)- de presentar primero la concepción ideológica extranjera, para seguir después con la hemisférica y nacional, es didácticamente aconsejable porque nuestra cultura vernácula precolombina fue aplastada y distorsionado el proceso natural de nuestro desarrollo social para entrar, desde entonces, a recibir las imposiciones de los dominantes.

Por eso cuando se describen los principios ideológicos de la interpretación que nuestros economistas, sociólogos, políticos, etc., han hecho de los problemas de sus países o de la América Latina en general, puede apreciarse cómo se alinean dos grandes corrientes: La de los intérpretes de las condiciones impuestas, que trasplantan a nuestro medio las teorías de las metrópolis, y los que, con responsabilidad y compromiso, se niegan a repetir lo impuesto y estudian la realidad histórica y social para deducir hipótesis auténticas.

Pero, además, el papel que le corresponde al divulgador honesto del pensamiento social extranjero, tiene otras cualidades: en sus relatos se puede ir interpretando la política y también la conducta de los personajes en los hechos de nuestra propia historia.

Porque podría decirse que esa historia está escrita y bien escrita. Y no es correcto. Precisamente en la obra de nuestros analistas del pensamiento

extranjero, como sucede en la Sociología de Samper, son muchos los pasajes en que análisis de hechos y doctrinas permite sopesar la relación que tuvieron con la historia de nuestros pueblos.

En el caso particular del estudio del pensamiento sociológico, el libro de Darío Samper tiene, para nuestras universidades, una importancia actual y trascendente. Su aparición es oportuna en una época en que en nuestras escuelas en la Sociología se sigue el método norteamericano de estudiar por separado, y en cátedras especiales, los aportes de algunos autores.

Cuando se establecen en los programas de estudio cátedras como "Sociología de Durkheim", "Sociología de Weber", "Sociología de Parsons", "Sociología de Marx", etc., solo se quiere en el fondo dogmatizar el pensamiento sociológico, tal como se hace en los manuales de economía, donde las teorías expuestas por determinados estudiosos que interpretan las constantes que se desprenden de las estructuras existentes -como es el caso de lo que sucede en las economías dominantes-, suelen presentarse como leyes y dogmas valederos en todos los tiempos y en todos los espacios.

Cuando en verdad, y correctamente, los aportes de los teóricos solo deben y pueden estudiarse en el marco del desenvolvimiento del pensamiento social o de las doctrinas sociológicas que en un momento dado reflejaron las relaciones sociales de producción prevalecientes y, en otras, sirvieron para presagiar formas más elevadas de organización, en el proceso dialéctico y ascendente de la sociedad.

De ahí que esos aportes, como lo hace Samper, sean estudiados en el contexto de cada base económica y su respectiva conciencia social.

“Desarrollo Indoamericano nació como resultado de la decisión de los economistas de América Latina, reunidos en México en 1965, de propiciar la fundación de un órgano de divulgación de la autenticidad ideológica del Continente, en su lucha por la búsqueda de la independencia cultural”

Las 40 ediciones de “Desarrollo Indoamericano”

(Edición No. 40 – Diciembre de 1977)

Con la presente entrega, **Desarrollo Indoamericano** alcanza la edición No. 40. Tal vez poca significación tendría para algunas personas este hecho, en un mundo de manufacturación comercial en-serie y de rapidez productiva. Pero lo digno de mencionarse es que esta Revista ha sido el fruto de un trabajo familiar y eminentemente intelectual.

Desarrollo Indoamericano nació como resultado de la decisión de los economistas de América Latina, reunidos en México en 1965, de propiciar la fundación de un órgano de divulgación de la autenticidad ideológica del Continente, en su lucha por la búsqueda de la independencia cultural. De ahí que desde la primera edición, en la parte superior de la portada, la Revista haya siempre llevado el lema de: “Por la formulación de una teoría para el desarrollo económico y social de nuestra América Latina”.

Y **Desarrollo Indoamericano** ha cumplido con su misión. Fue ella la tribuna del pensamiento libre y auténtico de los cientistas sociales de América

Latina, y su ejemplo sirvió para que más tarde surgieran otras publicaciones que hoy son orgullo de universidades y centros de estudios sociales.

Desarrollo Indoamericano ha publicado ensayos que posteriormente se convirtieron en importantes libros. Los más prestigiosos economistas, sociólogos, juristas, ideólogos políticos y ensayistas, han expuesto en sus páginas su pensamiento. Bastaría citar los nombres de Lázaro Cárdenas, Josué de Castro, Raúl Prebisch, Alejandro Lipschutz, Celso Furtado, Antonio García, Andrés Frank, Juan Marinello, Gerardo Molina, Jesús Silva Herzog, Hermes Herrera, Pablo González Casanova, Alonso Aguilar, D. F. Maza Zavala, Salvador de la Plaza, Manuel Pernaut, Arturo Bonilla, Gastón Parra, Manuel Agustín Aguirre, Humberto Espinoza, Sergio Vuscovich, Virgilio Roel, Leopoldo Lascarro, Arturo Valencia Zea, Álvaro Pérez Vives, Felipe Herrera, Raúl Alameda, Roberto Carbonell, Luis Meléndez, Oreste Popescu, Roberto Stavenhagen, James O'Connor, Paul Halpap, Rui Mauro Marini, Ernesto Saa Velasco, Carlos Calderón Mosquera, Hernando Abisambra, Manuel Zapata Olivella, Orlando Fals Borda, Abel Ávila, Isidro Parra Peña, Carlos Villalba Bustillo, Antonio Armendáriz, Gastón Parra, Rodolfo Quintero, Marcio Mejía Ricart, Víctor Manuel Barceló, Jhon Gerassi, Carlos Rafael Rodríguez, José Valenzuela, Víctor Volski, Nicolás Dikó, Fernando Carmona, Irving Horovitz, Charles Bentelheim, Guillermo Bonfil, Paul Sweezy, Néstor Madrid Malo, Saúl Osorio Paz, Bolívar Batista, Hugo Ángel, César Augusto López Arias, Marcos Kaplan, Teodosio Varela, Manuel Maldonado Denis, Gonzalo Castillo, René Báez, Antulio Parrilla Bonilla, Ramón Martínez Escamilla, Rafael Menjívar, Silvio Frondizi, José Macía, Ruderico Trujillo, Germán Guzmán, Leonardo Paso, Mario Tesler, Manfred Kossok, Julio Silva Colmenares, Jaime Serruto Flórez, Benjamín Sarta, Joaquín Molano Campuzano, Víctor Quiñones, Assif Zherif, Romesh Chandra, Julio Yao, Carlos Tunnerman, Armando Barrameda Morán, José Joaquín Montes, Aníbal Quijano, Antonio Vallejo, Darío Samper, Jorge Gannem, Juan Yepes del Pozo, José Herrera Oropeza, Ernesto Bilder, P. Mistral, Álvaro Briones, Luis Montenegro, Orión Álvarez, Carlos Rama, Luis Car-

los Pérez, Eduardo Vanegas, Julio Godio, Pío García, Álvaro Dugand, Mario Ramírez Roncaño, Carlos Lozano, Ramiro de la Espriella, Beatriz Hilda Grand Ruiz, Alejandro Witker, Mauricio Díaz, Jesús Cambre Mariño, Vladimir Lukin, M. L. Polischutk, Jorge Artel, Álvaro Castro Socarrás, Francisco Morazón Escorcía, Luis Felipe Palencia, Humberto Valencia, Álvaro de la Espriella, etc.

Por la calidad de sus autores y la calidad científica del material que publica **Desarrollo Indoamericano**, las bibliotecas de las universidades y centros de investigación más importantes de América Latina, Estados Unidos, Unión Soviética y Europa, han coleccionado nuestra publicación, y en sus comunicaciones, algunas de las cuales se han venido dando a conocer en la Sección "Cartas a la Dirección", hacen saber que es motivo permanente de consulta. Hoy **Desarrollo Indoamericano** aparece como la publicación colombiana que cuenta con más suscripciones en el exterior.

Desarrollo Indoamericano ha sido posible gracias a la confianza de sus colaboradores intelectuales, al respaldo de sus anunciantes y suscriptores, y a la solidaridad de sus amigos, entre los cuales bien vale la pena mencionar a Eduardo Salazar F., Jorge Muelle y demás compañeros del taller impresor. Para todos ellos, nuestro eterno reconocimiento.

“Tal vez los mayores alcances de la obra y el pensamiento de Bolívar son su originalidad. Bolívar se nutría de la realidad del paisaje de su tierra. Creía en sus posibilidades y valoraba la capacidad creadora de su gente. Por eso el pueblo se confundía con él en las grandes jornadas libertarias, y en nuestros días las masas desposeídas recuerdan esperanzadas su legado”

Bolívar nos pertenece

(Edición No. 65 – Enero de 1981)

Desde su iniciación, la Revista **Desarrollo Indoamericano** ha considerado tarea prioritaria la divulgación de las doctrinas bolivarianas para responder a su compromiso de tribuna del pensamiento auténtico, independiente y revolucionario de nuestra América Latina en el campo de la ciencia social.

Porque el ideario bolivariano es génesis y fuente fecunda en todo propósito de búsqueda de nuestro destino y de intento de formulación de estrategias defensivas para provecho de nuestro pueblo.

Cuando Martí decía que lo que no había hecho Bolívar estaba por hacer en la América Latina, quería recordar que muchos de los problemas que nos aquejan en el presente no sólo los intentó resolver sino que además nos legó los postulados mínimos para sus superaciones.

Hoy, por ejemplo, nos golpean los fenómenos de la desintegración, de la

dependencia financiera, del dominio imperialista y de la injusticia social. Bolívar, con claridad sorprendente en su época, fue vocero de la latinoamericanidad, soldado de la integración regional, precursor del antiimperialismo y revolucionario político y social. Sus normas legales sobre la esclavitud, distribución de la tierra a los campesinos, educación secundaria y universitaria, etc., testimonian su ideología democrática y popular.

Adelantándose a los investigadores económicos y políticos posteriores, Bolívar denunció en su tiempo el significado de la dependencia financiera y los peligros de la cercana presencia del imperialismo.

Pero tal vez los mayores alcances de la obra y el pensamiento de Bolívar son su originalidad. Bolívar se nutría de la realidad del paisaje de su tierra. Creía en sus posibilidades y valoraba la capacidad creadora de su gente. Por eso el pueblo se confundía con él en las grandes jornadas libertarias, y en nuestros días las masas desposeídas recuerdan esperanzadas su legado.

En América Latina, la revolución siempre tendrá que entenderse como la continuación de la obra de los libertadores. Ellos lucharon por la independencia y esbozaron ideas que más de ciento cincuenta años después los detentadores del poder siguen ignorando. Sus vidas ejemplares, de entrega y sacrificio en la lucha por la libertad, constituyen reto permanente para los hombres que anhelan un porvenir diferente para nuestros pueblos.

Es cierto que las clases dominantes, como siempre ha sucedido en todas partes, no sólo han desvirtuado la obra y el pensamiento de Bolívar, sino que han pretendido mostrarse como sus intérpretes. Pero ha llegado el momento de la claridad. Hay que observarles a las nuevas generaciones (quienes de manera equivocada desperdician su tiempo en el estudio de concepciones exóticas que las alinean y alienan por ser ajenas a nuestra

realidad) que en el pensamiento de Bolívar hay sustento para el quehacer revolucionario. Porque Bolívar fue un revolucionario integral, un conductor popular, un símbolo genuino de la reivindicación y de la autenticidad latinoamericana.

En estos días de confusión y cambio universal, más que nunca se hace necesario tener en cuenta que la lucha por el advenimiento de una organización social socialista exige también la no alineación y el enmascaramiento a nuestra realidad. Y en este terreno la herencia bolivariana es fresca y fértil.

“La inflación es un fenómeno de precios, sujeto al poder monopsonico de los productores. Por lo tanto, la cantidad de dinero que se emite o crea corresponde siempre a la realmente necesaria para la circulación. La inflación encuentra su génesis en el dominio de la oferta que facilita la imposición de los precios”.

La política contra la inflación

(Edición No. 67 – Abril de 1981)

Para corregir la inflación se necesita antes conocer su causa. Viene a ser esto igual al tratamiento de los pacientes: el médico debe saber qué origina la enfermedad para poder curarla. Porque cada política económica, en este caso monetaria, debe corresponder a un diagnóstico teórico adecuado.

En la historia del pensamiento económico han sido muchas las teorías interpretativas de la inflación. Tal vez la más antigua, pero aún vigente, es la cuantitativa. Se expresa afirmando que el poder adquisitivo del dinero depende de su cantidad: un crecimiento del circulante no compensado por la producción, determina una subida de los precios de las mercancías.

Para este tipo de interpretación corresponde, para el caso de un adecuado tratamiento, una medida simple: control de la emisión y de la creación de dinero en general, con el objeto de evitar la devaluación. Quiere decir lo anterior que si, en un momento dado, la llave del conducto está muy

abierta, basta con cerrarla o graduar la salida para asegurar la normalidad. Lo anterior presume aceptar que en el capitalismo el fenómeno de la inflación puede ser corregido.

La teoría cuantitativa ofrece otras vertientes. Por ejemplo, en la llamada ecuación de cambio, aunque el origen de los precios sigue siendo el mismo, se supone que los efectos de una mayor demanda obligan a la larga a una nueva oferta, a través de un automatismo regulador.

Keynes, por su parte, limitó el análisis a la demanda efectiva de los bienes de inversión y consumo, y consideró la subida de los precios como elemento dinámico y necesario, mientras se atiende a la ocupación plena de sus recursos y se evite la inflación de costos que, según él, encuentra como agentes, entre otros, la presión de los salarios. Para Keynes y sus continuadores, el ideal sería mantener una inflación moderada a través de una intervención estatal que asegure un control de las emisiones primaria y secundaria, presupuestos oficiales anticíclicos, reformas tributarias y políticas concertadas de ingresos y salarios.

A su turno, el neoliberalismo económico de la llamada Escuela de Chicago ha vuelto a creer en las fuerzas del mercado y ha resucitado el monetarismo para dejar a un lado las tesis estructuralistas de la Cepal que denunciaron, especialmente para el caso de los países subdesarrollados, la rigidez de la oferta como causa de inflación, fruto de estructuras predominantes en las formas de tenencia de la propiedad territorial y del capital, la dependencia financiera y el deterioro en las relaciones de intercambio del comercio internacional.

Pero, en resumen, bien puede decirse que todas esas teorías interpretativas de la inflación, incluso las expuestas en los manuales de los países socialistas, llegan a la conclusión de que ella es un fenómeno monetario que se desprende de un manejo desacertado de la emisión. Quiere decir

lo anterior que la emisión y la creación de dinero aparecen como agentes primarios y responsables del incremento de los precios.

Contrario a lo anterior, yo he presentado en mi libro "Teoría de la Inflación, el Interés y el Dinero" un enfoque inverso: la inflación es un fenómeno de precios, sujeto al poder monopsónico de los productores. Por lo tanto, la cantidad de dinero que se emite o crea corresponde siempre a la realmente necesaria para la circulación. La inflación encuentra su génesis en el dominio de la oferta que facilita la imposición de los precios. Siempre el circulante crece porque los precios de las mercancías obligan al aumento de la masa monetaria. Los obreros, por ejemplo, reclaman mejores salarios nominales para poder hacer frente al costo de la vida. No son los salarios, como explica la teoría tendenciosa del espiral, los que empujan a los precios, sino estos los que compelen a los trabajadores a defender sus ingresos reales. Ni tampoco pueden los trabajadores y consumidores compartir la responsabilidad, como lo pide la estrategia de la concertación, con las verdaderas fuerzas que imponen los precios inflacionarios.

Si lo anterior es correcto, sólo el control estatal de los precios puede garantizar la estabilidad y el adecuado tratamiento de la inflación. La experiencia es más que aleccionadora. En Colombia, por ejemplo, se ha hecho uso de todas las medidas restrictivas del crédito y la emisión en general, y los precios continúan una ruta ascendente. Lo que quiere decir que se aplicaron las recomendaciones de la política monetaria cuantitativa y keynesiana, pero, sin embargo, la inflación sigue su ritmo para golpear al pueblo mientras llena las arcas de los poderosos y agudiza la concentración de la riqueza.

“La dependencia es el fenómeno más agobiante del subdesarrollo. Se manifiesta en todos los campos y somete tanto a la sociedad en su conjunto como a los individuos”

Keynes, Gesell y la Dependencia

(Edición No. 68 – Mayo/Junio de 1981)

Sin lugar a dudas, la dependencia es el fenómeno más agobiante del subdesarrollo. Se manifiesta en todos los campos y somete tanto a la sociedad en su conjunto como a los individuos.

Desde un punto de vista macroeconómico, la dependencia se pone de presente a través de las actividades productivas, comerciales, financieras y tecnológicas. La explotación de los recursos y la mano de obra por parte de los capitales extranjeros, el dominio de los precios en el comercio exterior, la financiación del crecimiento con los préstamos foráneos y la utilización de una tecnología extraña que sojuzga y doblega, son hechos que forman parte del engranaje de la estructura dependiente.

Para el caso de la superestructura, la dependencia cultural e ideológica adquiere en el subdesarrollo ribetes de alienación. Tanto entre los partidarios del capitalismo como del socialismo, la dependencia conduce al servilismo, la pasividad, la entrega, la pereza investigativa y el dogmatismo intolerante. De ahí que la mayor parte de las personas que cuentan con la oportunidad de enseñar en la cátedra o en el foro público, se limiten a la

simple labor de la divulgación de las ideas y conceptos que llegan a través de manuales escritos en las metrópolis y que son el testimonio del análisis de realidades y conveniencias particulares y lejanas.

Naturalmente en situaciones de dependencia intelectual se carece de voluntad para descifrar la riqueza de la realidad concreta y conocer y valorar lo propio. En el caso del pensamiento económico y capitalista, por ejemplo, resulta oportuno recordar lo sucedido con el argentino Víctor Gesell y el inglés John Maynard Keynes. Desde la aparición de la “Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero”, su acogida fue unánime en Europa y los Estados Unidos, mientras en nuestros países se recibe su contenido con alborozo. Keynes pasa a ser, desde la década del treinta, una especie de redentor, oportuno y original, para un mundo en crisis.

Sin embargo, Keynes sólo había ampliado y utilizado, para provecho de los países capitalistas dominantes, análisis que mucho antes había expuesto Gesell, “surgido de la observación de los hechos económicos argentinos”, como bien recuerda Popescu.

Keynes, con honestidad, lo reconoce: “En primer lugar -dice-, Gesell distingue claramente entre la tasa de interés y la eficacia marginal del capital. Luego indica que la tasa de interés es un fenómeno puramente monetario y que la peculiaridad del dinero, del que emana la importancia de la tasa monetaria de interés, reside en el hecho de que su propiedad como medio de atesorar riqueza impone a quien lo tiene gastos de conservación despreciables”. Irving Fisher, tan importante como Keynes en el estudio monetario, también lo acepta como su precursor.

Lo que quiere decir que Gesell antecede en varias décadas -puesto que sus primeros escritos sobre la moneda se publicaron en Buenos Aires a fines del siglo XIX- a los más grandes economistas del capitalismo del presente.

Gesell elaboró su propia filosofía del dinero a través de sus conceptos sobre el papel moneda, para rechazar el patrón oro que entonces servía de instrumento a la dominación inglesa. Su entusiasmo es tal que a veces llega a la simplicidad: para resolver los problemas económicos y sociales, conceptúa en uno de sus análisis, sólo hacía falta una persona que se encargara de manejar una prensa impresora y un horno crematorio de billetes. Más aún, como hombre práctico y de negocios -que había acumulado una fortuna como comerciante y sentido en carne propia los efectos de la depresión- rechaza la baja de los precios y propende por sus aumentos, aunque no de manera desbordante, tal como más tarde lo recomendaría Keynes, con su "brecha inflacionaria", y Samuelson, con su "inflación moderada".

"Siga la Caja de Conversión quemando billetes -comentaba de manera pintoresca- y no pasará mucho tiempo que su chimenea será la única de todas las fábricas argentinas que mandará humo al cielo". Sin embargo, de estos razonamientos elementales se desprende tanto la teoría monetaria de la crisis como la política anticíclica que predominó posteriormente.

Gesell enriqueció el pensamiento económico capitalista con sus observaciones empíricas y su ejemplar disciplina de autodidacta. Pero tuvo que esperar que los europeos lo encontraran. Mientras tanto pasó buena parte de su vida recorriendo los pasillos oficiales bonaerenses para ofrecer, sin ningún resultado favorable, su fórmula del "dinero libre".

“Entre nosotros, donde la tierra cultivable permanece en manos de terratenientes, no se puede hablar de insuficiencia de alimentos por carencia de recursos, porque la verdad es que esa situación responde a las conveniencias de los propietarios, quienes, a través del dominio y la manipulación de los precios, juegan al engorde de la valorización y a los nuevos ingresos que se desprenden de la relación directamente proporcional de los precios y la renta”

Hambre, inflación y renta

(Edición No. 69 – Octubre de 1981)

Las hambrunas que ensombrecen al mundo de los países llamados subdesarrollados han obligado a volver los ojos a la agricultura. Como en el pasado, los alimentos reconquistán su valor en la escala de las prioridades. De nuevo los economistas se preocupan por el desperdicio en baratijas y consumos innecesarios para clamar por una actividad productiva más amplia en el sector alimentario. La toma de conciencia en este campo es tanta que hasta en un país socialista como Polonia, que aparece en la clasificación estadística precisamente como el mejor alimentado en el orbe, los obreros recorren las calles de sus ciudades reclamando más pan.

Superficialmente podría pensarse que hay hambre porque se carece de tierra para cultivar. O, como decía Malthus, porque la población crece en proporción mayor a la producción de alimentos. Sin embargo, los estudios hacen saber que las reservas de tierras laborables y los recursos de la

técnica moderna sobrepasan potencialmente a todas las exigencias del presente y del futuro.

Entonces, ¿cómo se explica el problema? En los predios de la economía política, con particularidad en la de las regiones subdesarrolladas, hay necesidad de regresar al análisis de la renta para poder conjeturar causales. En nuestros días, poco se estudia la teoría de la renta. No obstante, en el pasado su lugar era favorito en la ciencia económica. Hasta el punto de que Gide y Rist cuentan en sus Doctrinas Económicas, al referirse al aporte ricardiano, que se le conocía con el nombre del puente de los burros porque, cuando un estudiante fallaba en un examen oral y el profesor lo quería ayudar, le preguntaba sobre ese tema.

Como es sabido, David Ricardo supera con su hipótesis los supuestos de Smith, Malthus y la escuela fisiócrata. Desde un punto de vista clasista, la teoría de Ricardo se esgrimió contra los terratenientes de su país. Como ideólogo de la burguesía industrial aspiraba a los precios más bajos posibles de la materia prima agrícola, con el objeto de que el sector manufacturero asegurara mayores beneficios. “El interés del propietario territorial está siempre en oposición con el del consumidor y con el del manufacturero”, afirmaba. Su teoría, por lo tanto, le facilitó el camino para defender con ahínco el libre cambio. Como se sabe, para Ricardo la tierra no participa en la creación del valor de las mercancías. La renta se explicó por la desigualdad de fecundidad de los suelos: la renta venía a ser la diferencia entre el costo de producción entre un campo menos fértil que otro.

Yo defino a la inflación como un fenómeno de aumentos sostenidos de los precios por parte de productores y distribuidores monopolistas. Para el caso de la renta, y en el contexto de ese esquema, la interpreto no como un hecho determinado por las fuerzas ajenas a los terratenientes, como se deduce del planteamiento de Ricardo, sino al contrario como fruto de una actitud consciente: el propietario de la tierra aprovecha condiciones

particulares, exógenas a la naturaleza, de las formas de tenencia de la propiedad territorial, que le permiten utilizar el poder-monopsónico para determinar los precios y, en consecuencia, las tarifas de arrendamientos. Y este poder llega hasta el caso inhumano de quemar cosechas para evitar ofertas más allá de las convenientes.

En estos tiempos de concentración han quedado a un lado los análisis marginalistas y los modelos hipotéticos de regulación automática -ensanche de la oferta por aumento de los precios-. En nuestra realidad estructural, la renta, como el mismo precio de la tierra, depende del precio de los productos que potencialmente se producen en esa tierra. Lo cual quiere decir que la renta, que tiene su origen primitivo en la plusvalía, se acrecienta o se infla con los cambios de los precios.

Por lo tanto, no se puede entre nosotros (donde la tierra cultivable permanece en manos de terratenientes), hablar de insuficiencia de alimentos por carencia de recursos, porque la verdad es que esa situación responde a las conveniencias de los propietarios, quienes, a través del dominio y la manipulación de los precios, juegan al engorde de la valorización y a los nuevos ingresos que se desprenden de la relación directamente proporcional de los precios y la renta.

“En estos momentos de concentración de la riqueza en poder de pocos, de existencia de grupos sociales parasitarios que se aprovechan del trabajo ajeno, las palabras del máximo jerarca de la Iglesia vienen a estimular a los que luchan por el derecho al trabajo, el disfrute de los recursos de la naturaleza y la justicia social”

Las encíclicas papales, el trabajo y el hombre

(Edición No. 70 - Noviembre de 1981)

Los analistas de las doctrinas económicas no se muestran muy entusiastas en la aceptación del enfoque utilizado por los jefes de la Iglesia Católica como valedero para la Economía cuando examinan temas propios de esa ciencia, como es el caso de los salarios. Lo mismo sucede con los tratadistas de la Economía Política, más aún si son oriundos de Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, países donde predomina la tendencia econométrica y el criterio de la teoría pura, ajenas a la cuestión social. Se argumenta que la economía es una ciencia sujeta a leyes y enunciados que son la expresión de fenómenos observados en el tiempo y el espacio, de cumplimiento en determinadas condiciones políticas.

Quiere decir lo anterior que los fenómenos propios de la producción, distribución y consumo de los bienes materiales de una sociedad no operan de manera espontánea, ni mucho menos por el anhelo de personas, sino de acuerdo con los principios y métodos que condicionan a cada sistema social de producción.

En este sentido se piensa que las prédicas oficiales de la Iglesia responden más a fundamentos morales que económicos. Y aunque pueda alegarse que un sistema económico en particular presenta su moral en la explotación y uso de la riqueza, la verdad es que la economía es una disciplina científica y, como tal, en su dinámica las cosas no suceden como se desean -pongamos el caso de la justicia social- sino como son.

En el campo de los salarios, por ejemplo, desde León XIII se invocó un tratamiento justo que respondiera a los idearios de la caridad y la hermandad cristiana. Pero iluso sería esperar que los derechos de los trabajadores puedan depender de la sensibilidad de organismos empresariales manejados por una ética y una complejidad técnica interesada en obtener rendimientos óptimos.

Sin embargo, no puede desconocerse el significado de la preocupación de los estamentos religiosos por este tipo de problemas, más aún si se tiene en cuenta la evolución afirmativa que se ha dado en la presentación del análisis y la denuncia. Así, en la *Rerum Novarum*, aunque se cuestionaba a los patronos, se atacaban las teorías liberales y se dijo con valor que “lo primero que hay que hacer es librar a los pobres obreros de la crueldad de los hombres codiciosos que, a fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas, como si no fueran personas sino cosas”, a la larga su autor respondía no a la condena del sistema que genera la situación sino a la decisión de impedir que las “teorías revolucionarias socialistas se apoderen de la conciencia proletaria”.

Pío XI, en su *Cuadragésimo Anno*, no va más allá cuando recuerda: “Los que condenan el contrato como injusto por naturaleza y tratan de sustituirlo por un contrato de sociedad, hablan un lenguaje insostenible... porque el sistema salarial deja al patrón la dirección exclusiva de la empresa, sin la injerencia del obrero que a veces puede serle molesta y perjudicial”.

Y sobre la cuantía de la remuneración, pensaba que tanto los salarios reducidos como elevados eran perjudiciales para los trabajadores.

Por su parte, Juan XXIII, en su famosa *Mater et Magistra*, se apartó de las tesis neoclásicas de la limitación de la demanda de mano de obra por efectos del aumento del precio del salario, pero aconsejó que “al determinar la retribución se mire a su efectiva aportación en la producción y en las condiciones económicas de la empresa”. Juan XXIII se refiere por primera vez, y como tenía que corresponder a su momento histórico, a la situación de un mundo disparejo, integrado por países ricos y expoliadores y países subdesarrollados y dependientes.

Juan Pablo II ha dado a conocer su Encíclica *Laborem Exercens*. Es este pronunciamiento un himno al trabajo humano y un canto a la exaltación y al derecho del hombre de poner en ejercicio su capacidad creadora. Para el Papa de nuestros días, el trabajo constituye la dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra.

-0-0-0-0-0-0-

El origen de la riqueza de un país, o el valor de las mercancías, ha sido interpretado por los economistas de distintas maneras en el transcurso de la historia. Hasta podría afirmarse que las escuelas económicas simbolizan sus diferencias en las apreciaciones que hacen de esos conceptos.

Para los mercantilistas, por ejemplo, en el oro y el comercio reposaba todo: el comercio como medio, y el oro como fin. Una región era más o menos rica de acuerdo con la cantidad de metales preciosos que la naturaleza le ofreciera. Pero cuando los recursos minerales escaseaban, entonces la búsqueda de superávit en la actividad del intercambio permitía obtener objetivos. Y no era que los mercantilistas fueran tan tontos, como más tarde lo pensaron los liberales, de confundir el dinero con la riqueza.

za. La verdad es que la estrategia de la balanza comercial interpretaba el saldo favorable como realidad de capital capaz de motivar los variados sectores productivos y la economía en general.

Los fisiócratas, a su vez, encontraron en la tierra la razón de la riqueza. La tierra es la fuente de todos los bienes; el hombre no es creador, solían afirmar sus más elocuentes voceros.

Por su parte, los marginalistas, con su análisis subjetivo, defenderán hasta nuestros días la noción de que las mercancías valen por su uso o por la necesidad que se puede tener de ellas. Se confunde así el valor con el precio, y se llega hasta afirmar, de manera temeraria, que el trabajo, algunas veces, cuando ensancha la oferta, en vez de crear valor lo destruye.

Contrario a esos planteamientos, Adam Smith inició su obra clásica con la histórica sentencia de que el trabajo es la única y verdadera fuente de la riqueza. Toda la escuela clásica hace suya esta tesis que más tarde es elevada a máxima categoría por los socialistas y, particularmente, por Carlos Marx.

Esta hermenéutica responde a una posición de clase social: los mercantilistas expresan los intereses de los comerciantes, los fisiócratas recogen las aspiraciones de los terratenientes decadentes y aristócratas, los marginalistas representan a los especuladores y accionistas del capital financiero, y los individualistas liberales abanderan a los pujantes empresarios manufactureros, empeñados en dar validez al trabajo pasado y acumulado, el capital, mientras los marxistas interpretan los idearios de los proletarios explotados, aceptando como única fuente de valor el trabajo presente.

Teniendo en cuenta lo anterior, el pensamiento de la Iglesia sobre esta materia, expuesto por el Sumo Pontífice Juan Pablo II en su Encíclica *Labororem Exercens*, es de un contenido doctrinario digno de encomio. Este

hermoso documento no sólo se muestra como el alegato más completo en favor del trabajo humano, sino que reafirma la identidad con los postulados socialistas. En las leyes de los países socialistas se establece que quien no trabaja no come, y en sus enunciados políticos se eleva el trabajo a la más preciada virtud de los militantes. Pero no es esa una invención de sus estrategias. Los libros sagrados y el mismo Jesús de Nazaret lo exponen con claridad: "Ni comimos de balde el pan de algunos; antes con trabajo y con fatiga, trabajando de noche y de día... porque aun cuando estábamos con vosotros, os denunciábamos esto: Que si alguno no quiere trabajar, no coma", se sentencia en las Epístolas de San Pablo.

Como problema del hombre, se puede leer en la nueva Encíclica, el trabajo ocupa el centro mismo de la cuestión social. En todo momento histórico de producción, inclusive del automaticismo, el trabajo creador del hombre es la fuente única del valor. Por eso, afirma el Pontífice, el compromiso en favor de la justicia social debe estar íntimamente unido con el compromiso en favor de la paz en el mundo contemporáneo.

Para Juan Pablo II, el trabajo es un derecho natural y una vocación del hombre. Si sobre el particular no se tienen reservas, conceptúo yo, el capitalismo, con su legado de desempleo, es un sistema que exige su necesaria y justa superación. La laboriosidad del hombre es su gran virtud. Y esa virtud, agrega el Pontífice, como actitud moral, es aquello por lo que el hombre llega a ser bueno como hombre.

En estos momentos de concentración de la riqueza en poder de pocos, de existencia de grupos sociales parasitarios que se aprovechan del trabajo ajeno, las palabras del máximo jerarca de la Iglesia vienen a estimular a los que luchan por el derecho al trabajo, el disfrute de los recursos de la naturaleza y la justicia social.

“En Colombia, las estadísticas señalan una disminución periódica del salario real, es decir, del nivel de vida de los trabajadores. Los aumentos de los salarios nominales son inferiores a los aumentos de los precios de las mercancías y servicios. Por ello, ahora más que nunca, los trabajadores deben reanudar esfuerzos y superar confusiones para asegurar no sólo la estabilidad sino también el incremento del salario real”

Los salarios reales

(Edición No. 71 – Diciembre de 1981)

En el análisis de la justicia social siempre hay que tener en cuenta dos aspectos fundamentales: el salario real, fuente cierta de posibilidad para la satisfacción de necesidades materiales del trabajador, y el conjunto de normas que garanticen la existencia de derechos y servicios en favor de su dignidad, educación, cultura, salud, libertad de asociación y defensa, etc.

La organización socialista ha sobrepasado a la capitalista en algunas de esas aspiraciones: la ideología proletaria supone, como en verdad así ha sucedido, colocar la actividad productiva en condiciones de servir a los antiguos desposeídos. Hoy en día, en países como Cuba para no salir del marco del subdesarrollo del capitalismo dependiente de América Latina, los problemas del desempleo, el analfabetismo y la insalubridad se encuentran prácticamente erradicados.

Caso contrario, por cierto, a la situación del mundo capitalista en su conjunto, desarrollado o subdesarrollado, cada vez más maltratado por esos fenómenos.

Sin embargo, en el campo del salario real, de manera dinámica y en relación con la productividad y el ensanche de la explotación de los recursos, es necesario, a la luz del enjuiciamiento objetivo, dejar en claro algunas observaciones.

En Colombia, por ejemplo, las estadísticas señalan una disminución periódica del salario real, es decir, del nivel de vida de los trabajadores.

Los aumentos de los salarios nominales son inferiores a los aumentos de los precios de las mercancías y servicios. La inflación opera como instrumento de la acumulación de riqueza y de deterioro del ingreso de la masa trabajadora. De ahí que en las grandes ciudades, no obstante la limitación en las inversiones, pueda apreciarse una oferta relativa, incapaz de afectar la insatisfecha demanda de los sectores populares, como consecuencia de la endémica disminución de su capacidad de compra.

La inflación es un fenómeno de precios de mercancías, no de cantidad de circulante. El dinero en sí no tiene precio. Los medios de pago son ante todo, en la economía moderna, símbolos para medir el valor del trabajo humano. Y esa medida depende de la suma total o parcial de los precios impuestos por los productores o agentes encargados de esa misión.

Desde este punto de vista, la inflación también puede ser posible en una economía socialista si determinadas circunstancias, como sería el caso del armamentismo o la dependencia, orientan los recursos hacia fines distintos a los del desarrollo y la búsqueda de la elevación del nivel de vida de la población, y obligan a la congelación de la oferta y, en algunos casos, al aumento de los precios.

en los precios del derroche y el desperdicio, no puede esconderse la hipótesis de que si se produce es para consumir y cubrir satisfacciones que las exigencias del progreso determinan. Toda persona, al lado del alimento y del vestido, desea contar con los utensilios y aparatos que le faciliten la comodidad y el recreo. De ahí que la lucha por el salario real sea una lucha palpitante en toda organización social. El caso de Polonia es ejemplar. Y entre nosotros, ahora más que nunca, los trabajadores deben reanudar esfuerzos y superar confusiones para asegurar no sólo la estabilidad sino también el incremento del salario real. Porque, a mi parecer, en este campo la estrategia ideológica de los sindicatos no ha sido acertada.

Por ejemplo, yo comparto la tesis de que únicamente a través del establecimiento de una escala móvil puede lograrse la condición adecuada para intentar obtener mejores situaciones con la conquista de prestaciones adicionales que se negocian en los pliegos. Los sindicatos argumentan que su capacidad de trabajo y de influencia se vería disminuida con la regulación automática, pero olvidan que su campo de acción en las nuevas conquistas y en la orientación política es ilimitado.

“Con el conocimiento universal que se tiene de la influencia e injerencia de los grupos financieros en las esferas oficiales, todo permite suponer que el proceso de concentración seguirá su ritmo. Mientras las estructuras del país no se modifiquen, las esperanzas están lejanas”

Concentración, monopolio y Estado

(Edición No. 72 – Enero/Febrero de 1982)

El monopolio moderno es un fenómeno propio del desarrollo histórico de las leyes del sistema capitalista. La concurrencia engendró la concentración, y de la concentración se pasó al monopolio.

En la etapa industrial del capitalismo, las teorías liberales de la no intervención estatal no sólo se consideraron apropiadas para la empresa manufacturera que exigía nuevos mercados, sino también favorables para los consumidores. Los economistas de entonces otorgaban a la libre concurrencia la virtud de varita mágica capaz de generar, a través de leyes naturales como las de la oferta y la demanda, una especie de armonía sustentada por fuerzas contrapuestas y de tendencias equilibradoras. El precio, que se creía fuera del dominio del productor y fruto de la dinámica del mercado, obligaba y sometía la conducta de los agentes de la actividad productiva. A esta idílica situación, que apenas tuvo una validez parcial en el siglo XVIII, siguió el fenómeno de la concentración, para limitar las actividades de los competidores, hasta llegar a una situación monopolista que dispuso a su antojo del precio y la oferta con el fin de asegurar los

beneficios más altos. El llamado poder del consumidor quedó aplastado en todos los aspectos, inclusive en las preferencias y gustos.

En nuestros días, como ingeniosamente observa Robinson, quienes controlan la producción y los servicios consiguen poner a los hombres adecuados en los sitios adecuados, no para darnos lo que deseamos sino para hacer que nosotros deseemos lo que ellos nos pueden y quieren dar.

En el terreno social, la concentración y el monopolio han sido fuente prioritaria de la desigualdad e injusticia social, la distribución inequitativa de la riqueza y la separación, cada vez más aguda, entre las grandes masas desposeídas y los minúsculos grupos de acaudalados.

En Colombia, como en toda América Latina, el signo de la concentración y el monopolio se inicia con las modalidades impuestas por los conquistadores. En el siglo XX, con la presencia de los *trusts* extranjeros y el desarrollismo industrial y comercial posterior a la Segunda Guerra Mundial, la dinámica de la concentración ha sido elocuente. A comienzos de la década del sesenta, los estudios revelaron que apenas el 0,54%, o sea, ni el uno por ciento del total de los propietarios de tierras aptas para cultivos, eran dueños de siete millones de hectáreas. Y los informes de la Superintendencia de Sociedades Anónimas de 1960 permitían observar que sólo unas 362 personas poseían acciones por un valor superior a los mil doscientos millones de pesos.

Unos años después, en 1977, el destacado investigador y catedrático, Julio Silva Colmenares, en su libro "Los verdaderos dueños del país" (sin duda, el documento más valioso, valeroso y completo que se ha escrito en esta materia), recogía las informaciones de la Superintendencia Bancaria y las Cámaras de Comercio, para señalar que diez grandes grupos financieros -siete nacionales y tres extranjeros- manipulan activos de empresas por valor de más de 327 mil millones de pesos. Uno solo de ellos, por cierto

de Barranquilla, ejercía control en 110 empresas, con activos superiores a los veinte mil millones de pesos.

Como se sabe, los descarados ejercicios especulativos y de mayor concentración de los últimos meses han aumentado el poder monopolista hasta el punto de desencadenar una especie de guerra entre pulpos, así como la denuncia y el rechazo general de periodistas, escritores y políticos demócratas. Operaciones ficticias y maniobras de todo tipo, que obligan a debates en el Parlamento y permiten ingresos en pocos días, a un solo grupo, por más de seiscientos millones de pesos, a costa de pequeños y medianos inversionistas, adquisición de una entidad bancaria y fusión de poderosos grupos, son los hechos que señalan la dinámica de la concentración.

A finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, especialmente en los Estados Unidos, los políticos y gobiernos de países capitalistas desarrollados, ante la imposibilidad de continuar pregonando las virtudes de una libre concurrencia inexistente, se dieron a la tarea de intentar frenar el proceso de concentración y monopolio. En Norteamérica, las denuncias contra las combinaciones fraudulentas de los monopolistas, en 1880, obligan a la aprobación de las primeras leyes anti-trust; en Japón, las fuerzas de ocupación intentaron romper el poder de los zaibatzus; en Brasil y México se legisla desde la década del treinta, y en Paraguay, hasta en la Constitución se incluyen preceptos sobre el particular.

Sin embargo, en la dialéctica del capitalismo el Estado entra a jugar el papel de partícipe del proceso. En el campo de la teoría, las doctrinas liberales del pasado se abandonan para acoger el intervencionismo. Smith y Say ceden el turno a Keynes. En las realizaciones, el Estado entra a participar en la producción, manejo de servicios públicos, orientación monetaria y crediticia, etc. En un comienzo, esta intervención entusiasma a los políticos progresistas, pero, a la larga, se comprueba que se está en presencia

de una nueva modalidad al servicio de los grandes propietarios: el capitalismo monopolista de Estado. Esto sucede en las naciones prepotentes y dominadoras, pero también en las subdesarrolladas y dependientes. Con la diferencia de que en éstas, por sus características, se le conocerá con el nombre de capitalismo monopolista del Estado dependiente.

En Colombia también se ventila el fenómeno de la concentración y el monopolio, y se aprueban leyes. Una Ley de 1888 prohibía las sociedades anónimas que tendieran al monopolio en el sector industrial. En 1955, la Ley 155, que pretendía vedar los acuerdos que limitaran la producción, distribución de mercancías y materias primas nacionales o extranjeras, la fusión de empresas, y que otorgaba al Gobierno facultades para vigilancia, se interesa más por proteger a la clase empresarial en su conjunto, lejos de la conveniencia de la masa consumidora. “La intervención que el Estado debe hacer en este campo -se aclaraba en la Exposición de Motivos- no está haciendo otra cosa que defendiendo precisamente la base misma del sistema de la empresa privada”. De ahí que en algunos artículos de dicha Ley, de manera paradójica, se otorguen poderes a las empresas para fijar precios que no pueden ser modificados por comerciantes o agentes en competencia, y, en casos graves de desacato, el Gobierno se reservó el derecho de disolver empresas -no nacionalizarlas o intervenirlas-, sin importarle nada la suerte de sus trabajadores directos o indirectos.

En 1981, la concentración y monopolio de la riqueza desbordó los límites del pasado. Las medidas oficiales, por su parte, han sido inocuas y grotescas: hasta se ha pretendido diferenciar entre monopolistas de buena y mala familia, como si don Dinero no tuviese la facilidad omnímoda, como decía Cristóbal Colón, de “llevar almas pecadoras al cielo”. Tal vez el gobernante quiso distinguir entre los flamantes propietarios de los grupos económicos que financian campañas electorales, o los que lo representan en el exterior, y los emergentes. La última disposición, el Decreto 3604 de 18 de diciembre, con aparente ingenuidad, sujeta la demanda crediticia

de los directivos bancarios a porcentajes de acuerdo con el capital suscrito, mientras les prohíbe créditos para autofinanciar la adquisición de acciones de sus propios establecimientos.

En verdad, con el conocimiento universal que se tiene de la influencia e injerencia de los grupos financieros en las esferas oficiales, todo permite suponer que el proceso de concentración seguirá su ritmo. Mientras las estructuras del país no se modifiquen, las esperanzas están lejanas. Sólo el advenimiento de un cambio y el ejercicio pleno de la democracia, que asegure la participación y presencia, en un gobierno progresista, de fuerzas populares, pequeños industriales y comerciantes, trabajadores, etc., permitirá controlar la voracidad de los poderosos y amortiguar el transcurso del sistema.

“En nuestros días, si los pueblos de América Latina vuelven por sus fueros de unidad, facilitarán el camino para que la Argentina ponga fin a la soberanía y la amenaza de la flota inglesa, y se inicie una nueva etapa en las aspiraciones de erradicar en nuestros territorios todo vestigio de posesión colonialista”

Malvinas e Imperialismo

(Edición No. 73 – Marzo/Abril de 1986)

América Latina debe ser y tendrá que ser de los latinoamericanos. Aún más, su destino, la decisión de la estrategia de su desarrollo económico, los lineamientos de su política, sólo podrán señalarse como favorables cuando sean el resultado de actitudes autónomas de conveniencia regional.

Si es inaceptable que a las alturas de este siglo de descolonización todavía permanezcan en zonas de nuestro subcontinente territorios ocupados por naciones imperialistas, toda acción que se emprenda para exterminar esos símbolos de ignominia es valedera. En tal sentido, las Malvinas toman la esencia de un problema de los pueblos de nuestro subcontinente, y como tal exige el respaldo de cada una de las repúblicas latinoamericanas. En este caso los Estados Unidos están invalidados para jugar el papel de conciliador, por cuanto su espíritu imperialista, que mantiene bajo ocupación territorios como los de Guantánamo, Puerto Rico, Zona del Canal, etc., le impide ofrecer garantías en favor de los intereses de Argentina.

Podría recordarse, con sobrada validez, la modalidad antidemocrática del Gobierno militar argentino. Y esto no tiene discusión. Pero en los momentos de defensa de la territorialidad contra las fuerzas imperialistas extranjeras, quien toma con decisión esa bandera merece el respaldo. Ya en la historia argentina existen ejemplos, y hoy se valora más la posición antiimperialista de Rosas que los devaneos europeizantes de Sarmiento.

Con cuánta lucidez y visión, Simón Bolívar le comentaba a Santander, en carta del 23 de diciembre de 1822: "Cuando yo extiendo la vista sobre América (América Latina), la encuentro rodeada de fuerzas marítimas de la Europa, quiero decir, circundada de fortalezas fluctuantes de extranjeros y, por consecuencia, de enemigos. Después hallo que está a la cabeza de su gran continente una poderosísima nación muy rica, muy belicosa y capaz de todo". Pero el genial Libertador sabía también, porque él lo había logrado, que la voluntad de libertad y soberanía hace invencibles a los pueblos. Bolívar, San Martín, O'Higgins, Artigas, y sus soldados descalzos y semidesnudos vencieron al ejército que en España acababa de derrotar a las fuerzas de Napoleón, la organización militar más poderosa que el mundo había conocido. En nuestros días, si los pueblos de América Latina vuelven por sus fueros de unidad, facilitarán el camino para que la Argentina ponga fin a la soberanía y la amenaza de la flota inglesa, y se inicie una nueva etapa en las aspiraciones de erradicar en nuestros territorios todo vestigio de posesión colonialista.

Una posición bochornosa

Nunca antes en la historia de Colombia el gobierno había tomado una actitud tan ajena a la voluntad del pueblo y de los idearios legados por los libertadores y estadistas del pasado. Con desprecio a una tradición latinoamericanista y a unos principios jurídicos de defensa continental, las altas esferas oficiales pretenden ofrecer interpretaciones falaces para explicar una posición que repele con la génesis y vivencia de una nación consecuente con su destino. Y no podrá decirse que con la abstención, al

lado de los Estados Unidos, Colombia quedó con muy buena compañía. Porque la gran potencia del Norte, por su razón de jerarca y manipuladora del mundo capitalista, puede darse esos lujos. Además, como bien lo observa Benjamín Sarta, a Estados Unidos, en su papel de mediador que ha pretendido hacer, se le puede interpretar esa actitud.

La conducta del Gobierno colombiano en el Consejo Político de la Organización de los Estados Americanos, exige una explicación. No se puede jugar con los valores de una nacionalidad ni con el prestigio de un país. Si los países europeos, por su tradición colonialista, han actuado en defensa de sus intereses, tomando medidas de bloqueos económicos contra la Argentina, para nosotros, latinoamericanos, en un momento de prueba de solidaridad con uno de nuestros pueblos hermanos, y de respaldo a normas en favor de su soberanía territorial, no pueden valer urgencias leguleyas.

En el gobierno pasado, presidido por Alfonso López Michelsen, el país adquirió respetabilidad internacional y jugó un papel importante en la descolonización y unidad latinoamericana. Panamá fue ampliamente respaldado, y las relaciones diplomáticas con Cuba expresaron la voluntad de los pueblos que respetan el derecho de autodeterminación. En el presente cuatrienio la postración ha sido el símbolo, hasta el punto de que en muchas ocasiones se ha tenido que soportar, como consecuencia de la falta de una política afirmativa, la indiferencia de los países organizadores de eventos de máxima trascendencia. Esta crisis, que ofrece un saldo lastimoso, ha venido a tomar en la OEA un deterioro desconcertante.

Mientras el Padre de la Patria, Simón Bolívar, entregó la acción de su vida a la defensa de la unidad latinoamericana, y afirmó repetidas veces que en todo momento y circunstancia había que luchar por nuestra América, ahora se abandona ese camino. "Es necesario que la nuestra, escribía Pedro Gual por instrucciones del genial Libertador, sea una sociedad de

naciones hermanas, separadas ahora en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero”.

El pueblo de Colombia, correspondiendo y haciendo respetar la grandeza de sus libertadores, debe rechazar las maniobras de los gobernantes de turno que aparecen inferiores en estas horas de afirmación anticolonialista y latinoamericana.

Después de las Malvinas

Son muchos los frutos que se cosecharán con la decisión histórica de la Argentina de rescatar su territorio de las Malvinas, usurpado por el estado colonialista y la piratería de Inglaterra en 1833.

Ante todo, y como prueba irrefutable de su posición antilatinoamericanista, se yergue la actitud de los Estados Unidos de respaldo al espíritu belicoso de Inglaterra. Ya lo dije en el primer comentario que escribí apenas al iniciarse el problema. Entonces observé que mal podía servir de árbitro en un conflicto en que estaban en juego la defensa de la soberanía, por un lado, y el ultraje colonial, por el otro, quien ocupa la poco honrosa posición de primera potencia imperialista del mundo actual. Si los Estados Unidos mantienen sus fuerzas de ocupación en territorios de Cuba, Puerto Rico, Panamá, etc., jamás podrán estar del lado de los países que reclaman soberanía e independencia en sus decisiones. Y esto no es de ahora. Desde los albores mismos de nuestra gesta emancipadora, los libertadores se quejaron de la posición poco amistosa y marcadamente pragmática del poderoso vecino. Bolívar, con su visión genial y su ánimo latinoamericanista, dejó el testimonio imperecedero de su denuncia: “Los Americanos del Norte, por solo extranjeros, tienen el carácter de heterogéneos para nosotros. Por lo mismo jamás seré de opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos”, le decía a Santander en carta escrita desde Arequipa el 30 de mayo de 1827. Y, desde Potosí, el

21 de octubre de 1824, recordaba a su vicepresidente que las grandes potencias “se entienden muy bien para hacernos valer su mediación y, por supuesto, hacerla pagar”.

De manera más enfática, en otra carta a Santander, fechada en Lima el 8 de marzo de 1825, declaró: “Los ingleses y los norteamericanos son unos aliados eventuales y muy egoístas”. Y al propio representante de los Estados Unidos en Venezuela, señor B. Irvine, le hace saber que su país condena a Colombia a destructivas ventajas y da armas a los verdugos de América Latina. Y el 29 de julio de 1818, en reclamo elevado al agente de los Estados Unidos, ante el problema surgido con dos goletas de bandera norteamericana que entraron a territorio de Venezuela, para proveer de armas y otros pertrechos a las tropas españolas, el gran Libertador desenmascara las maniobras de falsa neutralidad, cuando objetó: “En cuanto al daño de neutrales, que V.S. menciona en su nota, yo no concibo que pueda alegarse a favor de los dueños del Tigre y la Libertad los derechos, que el derecho de gentes concede a los verdaderos neutrales. No son neutrales los que prestan armas y municiones de boca y guerra a unas plazas sitiadas y legalmente bloqueadas... Mr. Colbert ha demostrado plenamente la parcialidad de Estados Unidos a favor de España en nuestra contienda”.

Otro hecho que quedará señalado en la historia del latinoamericanismo es la incomprensible determinación del gobierno de Colombia a todas luces del lado de los Estados Unidos y en contra de los intereses latinoamericanos, aunque sus voceros pretendan esconder la maniobra con cortinas de humo. El Padre de la Patria, Simón Bolívar, hizo saber a tiempo, en su proclama a los soldados de Urdaneta, desde Pamplona, en 1814, que “para nosotros la patria es América Latina”. Y en otros momentos difíciles de Argentina, en su mensaje del 12 de junio de 1818, dijo: “Habitantes del Río de la Plata: La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido a los

últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea Unidad en la América Meridional”.

Más aún, y como para adelantarse a calificar la conducta de los que en su tiempo y en el futuro tomarán un camino distinto, identificándose con los mandatarios norteamericanos cuando estuviese en juego el destino de una nación latinoamericana, en carta a Santander, desde Potosí, el 21 de octubre de 1825, le llama la atención por el contenido de algunos de sus escritos, para aconsejarle: “Aborrezco a ese canalla (los presidentes de los regatones americanos) de tal modo que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos”.

“El recuerdo de la acción y pensar de Bolívar y San Martín continuará siendo guía de la América Latina en su lucha contra los vestigios colonialistas. Pueden perderse batallas, pero nuestros pueblos seguirán siempre adelante para cumplir el legado de sus libertadores”

Bolívar y San Martín

(Edición No. 74 – Junio/Julio de 1982)

La posición correcta de la América Latina en el caso de las Malvinas, responde a la obra y el pensamiento de sus libertadores. Si se toman sus figuras más destacadas, Simón Bolívar y José de San Martín, es fácil interpretar la actitud solidaria, anticolonialista y promisoría de estos pueblos hermanos.

Bolívar y San Martín fueron grandes porque unidos lucharon por idearios de la independencia y la dignidad humana. Sus vidas son nítidas y altruistas. No hay en sus propósitos ninguna mancha. En buena hora Vicente Lecuna, en su libro “La Entrevista de Guayaquil”, dejó al descubierto la cizaña de las cartas apócrifas de Lafond y Colombres Mármol. Bartolomé Mitre, en su “Historia de San Martín y la Emancipación Suramericana”, los presenta en su dimensión, cuando dice: “En el gran drama de la revolución hispanoamericana, que tiene por teatro un vasto territorio igual a la cuarta parte del globo, que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta el Golfo de Méjico y sobre ambos océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales, son sus dos libertadores que, partiendo

de extremos opuestos, convergen en un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen”.

Bolívar es el padre del latinoamericanismo. Su pensamiento en este campo es tan necesario y sabio que siglo y medio después conserva su vigencia y se yergue como imperativo futuro en el camino de la liberación y el desarrollo de nuestros países. En su tiempo, el genial Libertador no solo valoró el papel de la unidad y la integración, sino que supo distinguir a los imperialistas de siempre: “Los españoles, para nosotros, ya no son peligrosos, en tanto los ingleses lo son mucho”, le escribía a Santander desde Arequipa el 28 de mayo de 1825. Y cuatro años más tarde, el 5 de agosto de 1829, le sentencia a Patricio Campbell: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad”. Para Bolívar, los ingleses y norteamericanos eran “unos aliados eventuales pero muy egoístas”, capaces de todo en la búsqueda del dominio económico y comercial. En cuanto a su gran Patria Latinoamericana, desde la Carta de Jamaica la deseaba como “la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria”.

San Martín, por su parte, es enfático cuando se dirige al Gobierno de Buenos Aires, el 28 de enero de 1819, para decirle: “No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y libertad americana”. El Libertador del Sur se mantuvo siempre a merced de la independencia americana. En 1825, antes de su encuentro con Bolívar, escribió: “Yo no tengo libertad sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta grande obra, porque tiempo ha que no me pertenezco a mí mismo sino a la causa del continente americano... Voy a encontrar a Guayaquil al Libertador de Colombia”.

Al final de su gloriosa existencia, San Martín tiene noticias de la invasión inglesa a la Argentina. Entonces acaricia de nuevo su espada y ofrece sus servicios a la Patria. El 11 de enero de 1846 escribe al Presidente Rosas,

desde Palermo. Está débil y enfermo, pero toma fuerzas para decirle: "Reconozco que mis servicios serían inútiles, sin embargo demostrarían que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía un viejo defensor de su honra e independencia".

El recuerdo de la acción y pensar de Bolívar y San Martín continuará siendo guía de la América Latina en su lucha contra los vestigios colonialistas. Pueden perderse batallas, pero nuestros pueblos seguirán siempre adelante para cumplir el legado de sus libertadores.

“Carlos Marx revolucionó la ciencia social en todos sus campos. Perteneció al mundo de los clásicos en la historia de las doctrinas económicas, pero su análisis de la plusvalía, que dio claridad y fundamento científico a la teoría del valor, sirvió también de respaldo a la doctrina política de los trabajadores”

Carlos Marx

(Edición No. 76 – Abril de 1983)

Hace cien años, el 14 de marzo de 1883, murió Carlos Marx, fundador del socialismo científico y una de las figuras cumbres de la ciencia social. Economista, sociólogo, pensador político, filósofo y periodista, discursó con fortuna en casi todas las disciplinas intelectuales, dejando en ellas el feliz legado de su aporte creador. Con sobrada razón, su amigo inseparable y compañero de ideario, Federico Engels, dijo en su discurso de despedida, al pie de su tumba, que había dejado de pensar el más grande pensador viviente.

Mi devoción por Carlos Marx se inició a los pocos días de haber ingresado a la Universidad Nacional. Recuerdo muy bien que fue él, hasta cierto punto, responsable de mi primer trasteo en Bogotá: por utilizar los cuarenta y cinco pesos que mi padre me había enviado para el pago de la mensualidad en la pensión (que era así como se les llamaba a los modestos hoteles de estudiantes) en la compra de todos sus libros, tuve que cambiar, sin esperarlo o quererlo, de residencia. Pero desde entonces conservo a mi

lado los cinco tomos de "El Capital" y los tres volúmenes de la "Historia crítica de la teoría de la plusvalía" en las pulcras ediciones de esos años del Fondo de Cultura Económica y de Ediciones Fuentes Cultural.

De regreso a Barranquilla, al terminar la década del cuarenta, solía reunirme en mi casa de la calle Obando, casi de manera clandestina, con un grupo de amigos para estudiar "El Capital". Esa especie de tertulia fue como un refugio en los años de la violencia conservadora. Todas las tardes, y en compañía de Aníbal Pineda, para entonces secretario en el Atlántico del Partido Comunista; Edgardo Mastrodoménico, brillante matemático; Rafael Rash Pereira, periodista javeriano pero proletario por hambre y convicción intelectual; Luis Felipe Palencia y Carlos Conde, yo estudiaba, con todo el entusiasmo y la entrega de la juventud, los principios del materialismo histórico y dialéctico y los conceptos sobre la plusvalía. Desde entonces no he abandonado la costumbre de repasar, por lo menos una vez en la semana, algún texto del mensaje científico marxista. Tanta ha sido me devoción que aún doña Anita me recuerda, con sonrisa indescribable, que en los días de nuestra luna de miel en Puerto Colombia, yo pasaba buena parte de ese tiempo precioso con el "Anti-Dühring" de Engels entre las manos.

Carlos Marx revolucionó la ciencia social en todos sus campos. Pertenece al mundo de los clásicos en la historia de las doctrinas económicas, pero su análisis de la plusvalía, que dio claridad y fundamento científico a la teoría del valor, sirvió también de respaldo a la doctrina política de los trabajadores. En el campo de la dialéctica, sus concepciones enriquecieron al materialismo y pusieron fin a toda una época de confusión y dominio idealista. Sus palabras fueron sencillas pero de un profundo contenido: no es la conciencia del hombre lo que determina su existencia sino, al contrario, su existencia social la que determina su conciencia. Los sistemas económicos y políticos no son imperecederos. Cada estructura, representada por modos de producción y relaciones sociales, prescribe las ideologías. El

estudio de esa realidad es la cantera inagotable en el tiempo y el espacio para la deducción científica en la búsqueda de posiciones ideológicas y en las estrategias revolucionarias o defensivas de las clases explotadas o de los países dependientes.

La vida de Marx fue la más fiel consagración a la investigación científica. No era un dios, sino un hombre en la más exacta expresión de la grandeza humana. Y como hombre tuvo sus desaciertos, tal fue el caso de sus juicios sobre otro genio y gloria de la humanidad: Simón Bolívar. Él mismo era sumamente cuidadoso en la defensa de sus tesis, al concebirlas no como dogmas sino como método de estudio de cada momento histórico. Su espíritu luchador y su entrega a la causa socialista, lo convirtieron en uno de los hombres más perseguidos y calumniados en su tiempo. Hoy, cien años después de su muerte, los pueblos agradecidos del mundo rinden homenaje al gran pensador y al ideólogo de la revolución social del siglo XX.

“Desde la escuela marginalista para acá se ha pretendido desvestir a la economía de su carácter objetivo para convertirla en un juego de especulación ajeno a la realidad. Se la quiere despojar de su espíritu y compromiso humanísticos involucrados en la solución de los problemas de los hombres, para convertirla en ejercicio mental académico”

Los premios Nobel de Economía

(Edición No. 79 – Enero/Febrero de 1984)

La selección de los premios Nobel de Economía carece de la legitimidad propia, digamos el caso, de los de Literatura. En los últimos años, por ejemplo, solo se les han otorgado a teóricos norteamericanos o del área del capitalismo dominante, dedicados al estudio de hipótesis que no corresponden a la realidad, ni se enmarcan en la naturaleza de la Economía Política, como ciencia eminentemente social, histórica y geográfica.

La Economía es una disciplina científica, por cuanto se vale de leyes y supuestos que se cumplen en el proceso de la producción, distribución y consumo. Claro está que no con el rigor de las ciencias exactas como las matemáticas, pero al fin y al cabo inexorables en relación con el espacio, las condiciones estructurales y políticas y el momento histórico.

Sin embargo, desde la escuela marginalista para acá se ha pretendido desvestir a la economía de su carácter objetivo para convertirla en un juego de especulación ajeno a la realidad. Se la quiere despojar de su espíritu y

compromiso humanísticos involucrados en la solución de los problemas de los hombres, para convertirla en ejercicio mental académico.

Por ejemplo, en el epicentro del mercado imperfecto y del monopolio, que impone condiciones y doblega alternativas, y en el clímax de la crisis del sistema, desde torres de cristales, como en el pasado idílico del esquema liberal y su "mano oculta", pero ahora con el complemento del abuso econométrico, se ofrecen enredados análisis del comportamiento espontáneo de la oferta, la demanda y el precio, y se dibujan curvas debidamente adornadas con signos griegos o algebraicos, para intentar explicar supuestos imaginarios.

Y es esto precisamente lo que Estados Unidos propone a la Academia Sueca, y ésta lo acoge como meritorio. Algo como si en vez de premiar los "Cien años de soledad", de García Márquez, se escogieran las novelitas de Corín Tellado, donde al final el príncipe, el terrateniente o el burgués, se casa con la sirvienta o la obrera, para vivir feliz el resto de sus días con el beneplácito de súbditos o amigos. O de otorgar el premio de Medicina al inventor de una pomada sin ninguna aplicabilidad.

Tanto es así que alguna vez a Hayek, autor de "La teoría pura del capital", le preguntaron si sus razonamientos tenían algo que ver con la realidad y respondió, con orgullo, que no sabía ni le interesaba, como tampoco le hubiese importado la desorientación del hombre común. En términos parecidos se ha expresado el señor Assar Lindbank, presidente del Comité de Premios Nobel, al dar a conocer la razón de la escogencia y decir que "las técnicas analíticas de Gerard Debreu, esencialmente demostrando matemáticamente cómo funciona la ley básica capitalista de la oferta y la demanda, *no tienen aplicación práctica*".

Ante los anteriores conceptos hay poco que agregar. Apenas si dejar la constancia, pese al regocijo que puede brindarle a tanto ejecutivo y más-

ter con formación foránea y dependencia ideológica, de que esas conjeturas teóricas nada tienen que ver con la exigente realidad de las situaciones económicas de un tercer mundo doblegado por el hambre, mientras sus recursos se explotan para servir a los dominadores, y los precios de las mercancías que importa y exporta se someten a precios y condiciones desiguales impuestas por las conveniencias de las multinacionales.

En buena hora, en la correcta interpretación de las causas de esos fenómenos, trabajan los investigadores y científicos sociales de nuestros países, aportando deducciones que hoy son materia valiosa de doctrinas auténticas que han venido a enriquecer la economía política. Vale decir, de la verdadera ciencia económica de Smith, Ricardo, Marx, Keynes, Prébisch, Maza Zavala, García, Furtado, etc.

“Que se analice, sin esguinces y para bien de los ideales bolivarianos y marxistas, los errores de sus prístinos exponentes, es tarea que contribuye en el camino de la búsqueda de nuestra identidad y conveniencia”

Bolívar y Marx

(Edición No. 80 – Abril/Mayo de 1984)

Hace varios años dicté una charla en la Casa de los Periodistas sobre los juicios que le merecieron a Carlos Marx la vida y la obra del Libertador Simón Bolívar. Para entonces ese era un tema novedoso, pues solo se conocían los conceptos de marxólogos dogmáticos, por un lado, y de anti-socialistas, por el otro. Los primeros se encargaban de repetir lo recogido por la enciclopedia soviética de la era estalinista, y los segundos, con el estímulo de la Embajada Norteamericana, hacían uso del mismo material para confundir, al presentar el marxismo como doctrina adversa a los sentimientos y la historia latinoamericana. La situación era digna de análisis, pues hasta pensadores de la talla de Aníbal Ponce recibieron, sin beneficio de inventario, el legado de su ideólogo para minimizar, con mal gusto y poca fortuna, la grandeza del genio americano.

Hoy las cosas han cambiado. Por ejemplo, son muchos los documentos que se publican y en la propia Unión Soviética sus científicos sociales e historiadores se han encargado de rectificar las antiguas posiciones, para referirse a Bolívar a la luz de lo verdadero y más allá de la distorsión y la

miopía de Marx y Engels. Incluso, el propio jefe del Partido Comunista Colombiano, Gilberto Vieira, publicó un folleto oportuno y meritorio.

Por mi parte, hace rato acaricio el propósito de escribir un librito, y en mi escritorio aguardan turno varios documentos, apuntes y obras consultadas. Porque es cierto que se cuenta ahora con muy buenos trabajos y compilaciones, pero algunos, más papistas que el Papa, siguen pensando que el tema es escabroso y delicado. Para esos resulta duro aceptar que Marx fue un hombre, y un hombre europeo sometido al rigor de su tiempo, deslumbrado por un capitalismo en esplendor y, hasta cierto punto, prisionero de su propio esquema dialéctico.

Tal vez por eso, en busca de pretextos, se cae en el error, por parte de algunos marxistas, de ofrecer disculpas que enredan más la trama: buscar diferencias, por ejemplo, entre la seriedad del libro y la simple gacetilla cuando se exponen ideas, carece de sentido. Entre otras cosas porque el libelo de Marx fue escrito para una enciclopedia. Como en nada favorece, tampoco, poner en duda los principios morales y la dignidad humana, de quien, por cierto, las tuvo desbordantes, al tratar de interpretar la “venta” de su pluma por dólares que le permitiesen subsistir. Nada de eso hace bien al autor de “El Capital”.

La verdad es que el odio de Marx hacia Bolívar, como el desprecio racista y subjetivo al pueblo mexicano que, entre otras cosas, son negaciones del propio marxismo, exigen exámenes diáfanos que contribuyan al enriquecimiento de una teoría en el camino de la liberación auténtica y socialista de América Latina. Si se carece de entereza para enjuiciar errores del pasado -sea el caso de la justificación de la toma de California por los yanquis, que hicieron Marx y Engels-, no hay autoridad para rechazar las invasiones del presente a Granada y Centroamérica.

Marx es, como dijera Engels, el más grande pensador europeo de su tiem-

po. Su aporte a las disciplinas sociales (economía, sociología, política, filosofía, etc.) divide la historia del pensamiento social, y dota a los revolucionarios socialistas de una doctrina conveniente y necesaria. Y Bolívar es el nuestro: libertador, visionario, latinoamericanista, revolucionario, anti-imperialista, demócrata, conductor de pueblos. Más aún, ante la realidad de la lucha liberadora de los pueblos subdesarrollados y dependientes, el pensamiento integracionista y defensivo de Bolívar es bandera viva y palpitante.

Que se analice, sin esguinces y para bien de los ideales bolivarianos y marxistas, los errores de sus prístinos exponentes, es tarea que contribuye en el camino de la búsqueda de nuestra identidad y conveniencia.

“El preámbulo del proyecto de Constitución de la Tierra sintetiza los fundamentos ideológicos y humanísticos de sus gestores. Allí se recuerda que la humanidad es una a pesar de la existencia de naciones, pueblos, credos, ideologías y culturas, y, por tanto, los recursos de la tierra deben tener un uso equitativo, compartidos por todos”

Por una Constitución del mundo

(Edición No. 86 – Julio de 1987)

Cuando vivía el gran Josué de Castro, supe de una organización empeñada en la creación de un Parlamento Mundial, más allá de las limitaciones de la ONU. El *World Constitution and Parliament Association*, que es como se llama, recoge en su seno personalidades de todos los países, vale decir, de las áreas capitalistas y socialistas. En los actuales momentos la preside el Premio Nobel de Paz, Reinhart Ruge, y la coordina el escritor norteamericano Kenneth Almand. Ex ministros, catedráticos, científicos, congresistas, escritores, periodistas y filósofos, aparecen como responsables de sus distintas dependencias. La sede permanente del organismo está en la ciudad de Lakewood, Colorado, Estados Unidos.

Podría equivocadamente juzgarse la iniciativa del proyecto de integrar a todos los pueblos de la tierra, como una utopía. Pero tal vez lo mismo se pensó en el siglo pasado de la ONU, cuando aún existían continentes enteros como colonias, caso del África y buena parte del Asia. Entonces no

era viable para los dominadores europeos imaginar unas Naciones Unidas con la presencia de los voceros de los pueblos que ellos expoliaban y sometían.

Los hombres de buena fe que en estos días de confusión y peligro toman la bandera de la paz y la búsqueda de adecuados aprovechamientos de los recursos naturales y tecnológicos en favor de la humanidad en su conjunto, son simples precursores de un mañana lógico, justo e inevitable. Estos hombres están plenos de convicción y entusiasmo, seguros del papel altruista que promueven. Tal vez por eso su lema: "We are as small as our fear and despair, as great as our courage and hope", pretende, en todo momento, suponer lo que puede hacer el hombre cuando tiene coraje y voluntad.

Periódicamente la Asociación Mundial reúne a sus miembros y simpatizantes en diferentes partes del mundo. Este mes de julio lo hará en Miami, con el propósito de discutir y aprobar el proyecto de una Constitución para la Federación de la Tierra.

Durante diez años, en ese proyecto trabajaron abogados constitucionalistas y expertos en derecho internacional de Estados Unidos, Inglaterra, Sri Lanka, Naciones Unidas, Liga de Naciones y la Corte de Justicia de Bangladesh. Según sus autores, dicha Constitución tiene como objetivo mostrar los pasos prácticos que puede dar la humanidad en estos momentos críticos para superar la incertidumbre y la incógnita de la felicidad humana en el devenir, al presentar específicamente los lineamientos para crear un estado federativo mundial -mediante el derecho y la paz- que pueda resolver los problemas más urgentes: desarme, envenenamiento del ambiente, aprovechamiento de recursos, exploración del espacio exterior y, sobre todo, garantía de los derechos humanos dentro de un margen de economía mundial equitativa.

El preámbulo del proyecto de Constitución de la Tierra sintetiza los fundamentos ideológicos y humanísticos de sus gestores. Allí se recuerda que la humanidad es una a pesar de la existencia de naciones, pueblos, credos, ideologías y culturas, y, por tanto, los recursos de la tierra deben tener un uso equitativo, compartidos por todos.

La Constitución contempla el Parlamento, con tres Cámaras: la de los pueblos, la de los Consejeros y la de las Naciones, elegidas libre y democráticamente. Del propio Parlamento, para asegurar su espíritu democrático directo, se integran el Poder Judicial Mundial, el Ejecutivo Mundial, el Sistema Coercitivo y el Defensor Público. Entre las facultades del Gobierno Mundial estaría la de supervisar el desarme y prohibir y eliminar el diseño, prueba, manufactura, venta, compra, uso y posesión de armas de destrucción masiva.

Yo fui invitado al Congreso de Miami. Dispuesto a asistir me acerqué al Consulado Norteamericano en busca de visa. Allí me recibió un joven, con cara de máster, que hace de vice-cónsul. Con mucha cortesía me hizo saber que la "computadora" me tiene en lista negra desde 1960 por haber participado en reuniones internacionales. Entonces recuerdo que en ese año asistí en Puerto Rico a un congreso de la Sociedad Interamericana de Planificación, y que en su seno, en una de sus sesiones, se debatió el tema de la independencia de esa isla. No me arrepiento de aquello y, por el contrario, mil veces más lo volvería a hacer, tal como lo hiciese si fueran los Estados Unidos los que estuvieran en esa situación.

No sé qué pensaría el doctor Silvestre B. Higgins, mi bisabuelo -le digo al señor vice-cónsul- si supiera que en su patria son tan radicales con los intelectuales libres de América Latina, mientras sus cárceles se llenan de mafiosos que entraron a su territorio sin obstáculos. Mi bisabuelo, como yo, fue un escritor e investigador social. El Congreso y el Gobierno de Co-

lombia lo condecoraron por sus libros y aportes en el campo de la sociología y la medicina.

Es triste, pero también sintomático, el saber que la primera potencia económica y militar del mundo se cuide tanto de los hombres que dedican parte de sus actividades a la defensa, con su pluma, de la autonomía, la liberación y la justicia de los pueblos subdesarrollados y dependientes.

“La Economía Política debe ser humana, justa en lo interno y defensiva en lo externo, libre de la propiedad concentrada y del capital monopolista, y donde el Estado y los Partidos, entre otros, no jueguen el papel de fines omnipotentes, sino de simples medios, al servicio del hombre y de la sociedad”

Carta a Jorge Child

(Edición No. 88 – Abril de 1989)

Estimado amigo:

Mucho lamenté no haber podido asistir al Congreso de la Asociación de Economistas de la Universidad Nacional, especialmente por el sugestivo temario sobre la Concepción Humanista de la Economía, tesis central de discusión. Sin embargo, me parece oportuno referirme a los comentarios que hiciste en la columna de “El Espectador”, acerca del tratamiento que recibo, por parte de los economistas matemáticos y neoliberales, ante mis esfuerzos, casi insulares por acá, de propender por la formulación de teorías propias que correspondan a nuestra realidad e intereses, y valorar el aporte del pensamiento social latinoamericano.

Tienes mucha razón en tus apreciaciones, valederas ellas para todos los economistas del subcontinente que entienden a la Economía como una ciencia social, eminentemente política, geográfica e histórica. Todo lo cual permite suponer que cada economía particular, o conjunto de economías con características parecidas, exige una Economía Política, con un cuerpo

de teorías explicativas de fenómenos que permitan deducir el conjunto de estrategias de la política económica. Porque si, para fines didácticos, se puede hacer uso del concepto de universalidad de algunas leyes económicas, siempre es necesario pensar que ellas deben responder al rigor de las condiciones hipotéticas que suponen, a fin de que puedan servir de herramientas en el campo de las decisiones.

La realidad -y esto se repite mucho, pero poco se tiene en cuenta- supera la imaginación y los clisés. Cada hecho concreto, en un tiempo particular, exige una deducción teórica que fundamente la estrategia, si es que se quiere responder al reto de la búsqueda de una conveniencia propia. Lo que es bueno o malo para un país o región, necesariamente no tiene que dar los mismos resultados en otros, y menos aun cuando existen diferencias estructurales y grados de desarrollo distintos. El librecambio, por ejemplo, fue bueno para Europa y malo para América Latina.

Lo tristemente paradójico es que los neoliberales criollos ni siquiera se han dado cuenta de que los postulados monetaristas -que constituyen la médula de su formación- se expusieron por primera vez, como lo demuestra Oreste Popescu en sus estudios del pensamiento económico latinoamericano, en Charcas (la Bolivia de hoy), precisamente por presumir los economistas de esos tiempos el fenómeno alcista de los precios en razón de la abundancia de plata del cerro Potosí.

No obstante, sabes muy bien que no solo el "machismo matemático", como tú denominas a los economistas del establecimiento, son los únicos marginadores. Al lado de sus conductas extranjerizantes y dependientes, están los "nikiteros" (como suelen llamar los estudiantes a los que siguen al pie de la letra el texto de Nikitin, un soviético de la época de Stalin), tan excluyentes e impenetrables como los otros, facilistas y convencidos, con catecismos trasnochados, ajenos al esfuerzo de la creación intelectual.

La cuestión es difícil, amigo Child. Los economistas latinoamericanos -y me refiero a los que piensan como tal- estamos en medio de dos polos, aparentemente opuestos pero en el fondo similares, en su rechazo al compromiso con lo nuestro. Este fenómeno lo viví en la propia Universidad que un día fundé con tantas ilusiones, y a cuyo frente estuve durante más de quince años. Recuerdo, por un lado, las súplicas ante el Icfes (el organismo facultado por la ley para dar aprobación a los programas de estudios, según el criterio de sus evaluadores) para que permitieran, en la Facultad de Economía, cátedras como Economía Latinoamericana, Política Económica Latinoamericana, Doctrinas Económicas Latinoamericanas, Economía Regional, etc. Todo esto fue cambiado por más microeconomías y econometrías. Por el otro, nunca pude lograr que alguno de los manualistas dogmáticos se interesara, por lo menos en el contenido aunque fuese para refutarlo, de las publicaciones patrocinadas por la Universidad, ni mucho menos que escribieran un ensayo para la Revista **Desarrollo Indoamericano**. Sus esfuerzos en estos menesteres de la expresión escrita, al decir de Jorge Artel, Poeta Nacional de Colombia, quedaron limitados, a la manera de lúmpenes académicos, a la publicación de carteles insultantes contra las directivas de la propia Universidad, que confiadamente los recibió en su seno, los cuales cubren todavía las esquinas de las calles de Barranquilla.

¿Y qué puede esperarse para el mañana? A mi parecer, por mucho tiempo, el panorama seguirá gris. Más aún, como tú lo anotas, con las sorpresas de la Perestroika. Porque pronto, con nuevos bríos, se despreciarán los análisis históricos de las causas del subdesarrollo de los economistas latinoamericanos, para repetir lo que acaban de afirmar miembros de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, en la Revista "Tiempos Nuevos", No. 44, de octubre de 1988, y a lo cual te refieres en tu segundo artículo titulado "Los Moscú's Boys". En dicha revista se puede leer: "Uno de tales prejuicios ideológicos puede considerarse la tradición bien arraigada de ver las dificultades económicas y de otra índole de los países en desarro-

llo, ante todo, a través del prisma de las influencias exteriores desfavorables, la herencia colonial y la explotación neocolonial, la actividad de las transnacionales, etc. Tal enfoque adolece de unilateralidad e impide ver que la crisis que afecta a muchas naciones del Tercer Mundo se debe en medida considerable, y a menudo decisiva, a las políticas económicas que practican”.

Todo esto pretende suponer, como suelen conceptuar los economistas de las metrópolis capitalistas, que somos subdesarrollados porque somos subdesarrollados. Vale decir, porque queremos, por nuestra culpa y errores, tal como el esclavo que, a lo mejor, era esclavo por su yerro. Para el caso de la economía soviética, en la misma revista, el sociólogo Leonid Ionin descubre la magia del liberalismo del siglo XVIII para pensar, como Friedman y los premios Nobel de Economía, que todos sus males “son el precio que pagamos por la destrucción del mercado, el único estímulo permanente y estable de la iniciativa económica”, mientras los economistas Nicolai Karagodier y Vladimir Jorós se regocijan al revelar que “la reglamentación severa del sector privado por el Estado (control de los precios e inversiones) surte poco efecto..., frena la producción, origina desproporciones intersectoriales... y conduce, como todo monopolio, al estancamiento”.

Claro está, doctor y amigo Jorge Child, que estas profundas modificaciones que están dándose en la teoría y la política económica de las grandes potencias socialistas y capitalistas, señalan el carácter histórico, político y espacial de la ciencia económica, todo lo cual refuerza el compromiso de trabajar por nuestra propia Economía Política que, como lo anhelan los economistas egresados de la Universidad Nacional, debe ser humana, justa en lo interno y defensiva en lo externo, libre de la propiedad concentrada y del capital monopolista, y donde el Estado y los Partidos, entre otros, no jueguen el papel de fines omnipotentes, sino de simples medios, al servicio del hombre y de la sociedad.

“Los créditos que concede el Fondo Monetario Internacional obligan a dejar cualquiera estrategia defensiva en la política económica social interna de cada país, para acoger las directrices neoliberales de exclusiva conveniencia de las metrópolis dominantes”

Los sucesos en Venezuela

(Edición No. 88 – Abril de 1989)

Los políticos suelen hablar con frecuencia de las enseñanzas de la historia. Les gusta repetir frases que mencionan al pasado como fuente de experiencias. La sabiduría, dictaminan, consiste en no repetir lo dañino y acoger lo bondadoso. Sin embargo, muchas veces se reincide en el error o se olvida el parecer juicioso.

Venezuela le dio a la América Bolivariana las dos figuras más destacadas de la época libertadora y de todos los tiempos. Y esos héroes, en su legado ideológico, adelantándose en forma acertada a los fenómenos actuales de la dependencia financiera, fueron claros al señalar el peligro que entrañaba el crédito internacional.

En 1824, en carta enviada desde el Perú, Bolívar, al referirse a los créditos contraídos en el exterior, le comenta a Santander: “Es asombroso lo que usted me dice de los pagos que se han hecho en Colombia (Colombia, Venezuela y Ecuador), y de los que todavía debemos. Aborrezco más las deudas que a los españoles. No sé cómo pagaremos los réditos.

anuales". Y son bien conocidas las palabras que salen de sus labios cuando recibe la noticia de la muerte de Zea, el diligenciero de las operaciones financieras en Londres.

Cuando el Congreso de Bolivia aprobó una ley por medio de la cual autorizaba negociar un empréstito con Inglaterra por la suma de cinco millones de pesos, de los cuales un millón serviría para premiar a los soldados vencedores en Ayacucho, y otro para los bolivianos que regresaban de la Argentina, Sucre respondió: "Dios me libre de dejar a Bolivia, cuando yo entregue la presidencia, cargada con una deuda extranjera. No, señores congresistas; no haré semejante disparate".

En el razonamiento de Bolívar y Sucre, muestrario de profecía, hay toda una lección tantas veces olvidada. Ahora nuestros gobernantes se ufanan de sus logros crediticios y hacen gala, como signo de buena administración, de la hipoteca de la soberanía nacional y del compromiso a corto y largo plazo que agudiza el subdesarrollo.

Fruto de esa inconsecuencia y del olvido de las prevenciones de Bolívar y Sucre, estos países sucumben ante el peso de deudas cuestionadas en su posible utilidad. Entre ellos, Venezuela, la patria de Bolívar y Sucre, con más de treinta y cinco mil millones de dólares a cuesta.

Todos los días en los periódicos, revistas especializadas y libros, se informa sobre la irracionalidad de una deuda externa latinoamericana de cuatrocientos mil millones de dólares que tan poco contribuyó al desarrollo. Por el contrario, su pago constituye un desangre y una mampara infranqueable a las posibilidades de crecimiento y de superación a los problemas sociales. Más aún, los créditos que concede el Fondo Monetario Internacional obligan a dejar cualquiera estrategia defensiva en la política económica de exclusiva conveniencia de las metrópolis dominantes.

Los acontecimientos de insurrección popular en Venezuela son la última y más expresiva consecuencia de los resultados de la política de endeudamiento exterior y, de manera particular, del trato e imposiciones del Fondo Monetario Internacional.

Lo más desconcertante del suceso venezolano es que haya sido un mandatario que acaba de recibir el respaldo de su pueblo y la simpatía de los países latinoamericanos, el embarcado en la trama de los compromisos, a pesar de que en su campaña electoral manifestara lo contrario e incluso, en el apogeo de la asonada, echara la culpa de lo acontecido al propio Fondo Monetario Internacional y a los ricos que castigan al pueblo con precios altos de las mercancías producidas por sus fábricas y vendidas por sus negocios.

En verdad, lo acontecido en Venezuela es contradictorio y digno de exámenes que sirvan para cuidados futuros. Nadie niega que la deuda externa y el Fondo Monetario Internacional son látigos en una época de predominio de tesis en que cunde el descrédito del rígido centralismo planificado y el apogeo de la ideología del mercado libre. En el futuro, los gobiernos tendrán que pensar dos veces el acatamiento incondicional a un organismo que impone a su antojo esquemas dogmáticos de claras incidencias contra los intereses de los desposeídos, y se hará más necesario acercarse a lo propio y a la integración de los que presentan problemas similares.

Ahora en Venezuela se habla mucho de una economía artificial, con subsidios que favorecen a productores e intervencionismo que protege al consumidor. La algarabía en pro de la libre oferta y demanda, y del encauzamiento imperturbado de los precios, se difunde por todos los medios. Pero no hay que olvidar que la industrialización de las grandes potencias, del ayer y de hoy -Inglaterra, Holanda, Estados Unidos, Unión Soviética y Japón- se hizo con un marcado proteccionismo que involucró, e involucra, subvenciones, tarifas arancelarias, importaciones prohibidas, *dumping*,

etc. Además, en una u otra forma, un Estado responsable, capitalista o socialista, habrá de utilizar las herramientas interventoras si es que responde a los preceptos de la justicia social.

El problema de Venezuela es complejo. Se trata de un país rico en recursos naturales, en donde los ingresos del petróleo, desde décadas atrás, no han sido aprovechados adecuadamente.

Pero Venezuela cuenta también con economistas idóneos que entienden a la política económica como parte de una ciencia social, la Economía Política, cuyos supuestos teóricos responden a realidades particulares en un marco geográfico, distintos, por cierto, de los “másteres” formados en los centros de dominio.

Precisamente, el expresidente de la Academia Venezolana de Ciencias Económicas y reconocido economista, doctor D. F. Maza Zavala, en carta del 14 de febrero, con diagnóstico premonitorio, me hace saber lo siguiente: “Sobre el gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez le escribiré más adelante, ya que en estos días se define su estrategia económica, de estricto corte fondomonetarista. Los padecimientos de los trabajadores y los marginales se acentuarán, y los empresarios se enriquecerán más. Parece que la social democracia en la América Latina está destinada a ensanchar el reino de los grandes capitales y de la sacrosanta economía de mercado”.

Ojalá el espíritu bienhechor de Bolívar y Sucre, ante lo acontecido, ilumine al Presidente Pérez en el camino de las rectificaciones y de la búsqueda de lo adecuado para su pueblo.

“La tal apertura económica, sea en Colombia o en cualquier otro país latinoamericano, no es más que una manera eufemística de llamar a la determinación oficial de abrir las compuertas a la mercadería extranjera, buena parte de ella suntuaria, para malgastar recursos extraordinarios de divisas provenientes de créditos internacionales”

La apertura económica

(Edición No. 89/90 – Marzo de 1990)

Aunque el Gobierno de Colombia se encuentra investido de facultades institucionales hasta el día 6 de agosto para decretar la política económica que le venga en gana, la verdad es que resulta de mal gusto, unos meses antes de expirar el mandato, someter al país a una estrategia económica de molde librecambista, que riñe con las elementales conductas defensivas en una economía subdesarrollada y en proceso de industrialización.

Porque la tal apertura económica, sea en Colombia o en cualquier otro país latinoamericano, no es más que una manera eufemística de llamar a la determinación oficial de abrir las compuertas a la mercadería extranjera, buena parte de ella suntuaria, para malgastar recursos extraordinarios de divisas provenientes de créditos internacionales.

Sobre este hecho no hay sofisma que valga, y nadie va a creer el cuento de la búsqueda de efectividad productora, cuando el Estado cuenta con

las herramientas para lograr dicho objetivo, sin necesidad de poner en peligro el trabajo nacional.

Para poner corrección a los abusos e ineficiencias del proteccionismo incondicional y de balde, la teoría de la política económica recomienda la protección condicionada, multilateral y con derroteros definidos en favor del desarrollo social.

Lo que quiere decir que el Estado, con las mismas facultades que interviene en provecho de un sector productivo o de servicios, está en la obligación de responsabilizarse para lograr que los beneficios recibidos por los protegidos incidan también en los otros sectores y en la comunidad en su conjunto.

Con la producción condicionada, el Estado puede vigilar la adecuada localización de la actividad económica para bien de un proceder descentralista, la calidad de los productos, el fomento de la tecnología propia, la distribución del ingreso, el consumo de la materia prima nacional, el precio de las mercancías, etc. Incluso, cuando la actividad económica protegida mantiene costos injustificables, el Estado puede hacer uso, con todo el cuidado y la racionalidad necesarios, de criterios propios de costos comparativos, para permitir, en estos casos especiales, el acceso de la mercadería extranjera, sobre todo en programas de integración regional, como el Pacto Andino, o subcontinental.

Desde este punto de vista, el Estado cumple la función moderna en un campo que se ajusta perfectamente a las exigencias de su responsabilidad: ni sirve de cómplice al dejar hacer y al dejar pasar, ni exagera en el papel, tan desacreditado en las economías de corte estalinista, de absoluto administrador. Por el contrario, como debe competérle, fiscaliza y regula en provecho general, para responder a los lineamientos de la democracia y la economía mixta.

En la historia del desarrollo de los pueblos, la estrategia del comercio internacional se ha movido en el ámbito del proteccionismo o el librecambio. Y la historia nos dice que ningún pueblo ha podido lograr desarrollo sin haber hecho uso del proteccionismo. Recuérdese que el desarrollo es industrialización. Hasta en el mercantilismo, donde se partía del supuesto de que la riqueza se obtenía en el saldo favorable de la balanza comercial, dicho superávit se transformaba en capital por conducto de una máxima protección a las industrias internas. Sólo después, con el logro de la revolución industrial, las tesis librecambistas aparecen para predicar la libertad de importaciones.

Proteccionistas fueron en su tiempo Holanda, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, grandes centros del capitalismo. Más aún, lo siguen siendo en sectores o productos que necesitan del respaldo estatal.

Entre nosotros la conducta fue siempre proteccionista. Desde Bolívar, Santander, Núñez, López Pumarejo. El librecambismo lo defendieron los liberales del siglo XIX, con los conspiradores septembrinos a la cabeza, que copiaban el modelo inglés. Por cierto, entre las causas del subdesarrollo que enumeran los economistas, buena parte de la culpa recae en la división del mundo que impusieron los europeos, en el marco del librecambio, de países productores de manufacturas y países productores de materias primas y géneros primarios.

Para los países subdesarrollados, la política económica recomienda el uso adecuado de las divisas en la compra de maquinarias, o medios de producción, que no se fabrican internamente, e insumos indispensables para los distintos sectores. Sin embargo, no todas las veces sucede así. Porque cuando, por razones especiales, se ha podido esquivar el fenómeno del deterioro de los precios de las exportaciones en relación al incremento sostenido de los precios de las importaciones, los recursos disponibles se malgastan. En Colombia, por ejemplo, en las últimas décadas hay un

muestrario elocuente: al finalizar la Segunda Guerra Mundial, las divisas acumuladas por la ausencia de oferta extranjera no se usaron en forma integral en el ensanchamiento de la industria que había surgido a consecuencia del conflicto; después, en el Gobierno militar, cuando el café alcanzó precios jamás logrado antes o después, de casi tres dólares la libra (y téngase en cuenta, cuando el dólar era el dólar, como diría el escritor David Sánchez Juliao), la insensatez alcanzó límites de marca, hasta el punto de permitirse la importación, entre otras muchas cosas innecesarias, de papa, aire de los Alpes y barcos de guerra con cañones que jamás pudieron dispararse, porque en cada maniobra se gastaban la mitad del presupuesto nacional. De la misma manera ha sucedido con los tales créditos extranjeros que desde hace rato ensombrecen el porvenir con la carga de una deuda cada vez más grande y onerosa.

Ahora, para responder a las exigencias del Fondo Monetario Internacional y demás entidades crediticias extranjeras, se obliga al Gobierno colombiano a dejar a un lado la protección arancelaria, para que, de nuevo, volvamos a comer pollos gringos, mientras a las generaciones venideras se les hipoteca todavía más su ya precario porvenir.

***“Pensamos y seguimos pensando con Bolívar, Bello y Martí,
que la América Latina sólo tiene un camino: su propio camino”***

El retorno a lo propio

(Edición No. 89/90 – Marzo de 1990)

En estos días de comienzos de año y de decenio he recibido varias invitaciones de diferentes países, pero con un mismo propósito: que dicte conferencias sobre el tema de la economía social y el pensamiento económico latinoamericano. De esas gentiles convocatorias, dos de ellas, por sus significados y sugerencias, me llenan de satisfacción.

En la ciudad de Vitoria, España, el gobierno Vasco, el Comité Español para el Bienestar Social y el Instituto de Ciencias Aplicadas, que dirige en Buenos Aires, Argentina, el científico social Ezequiel Ander-Egg, preparan para los próximos días el Primer Encuentro Internacional sobre Política Social. Allí estarán presentes investigadores de Europa y América Latina, interesados en examinar los problemas de la sociedad de nuestro tiempo, con una óptica distinta a la del puro crecimiento económico. El tema que se me asignó es el de “América Latina y los desafíos de la política social de la Década de los 90”.

Al Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Autónoma de México, que dirige el maestro Fausto Burgueño, lo anima la voluntad de reunir en sus claustros, como ya lo hizo en el pasado, a un grupo de

economistas que han sobresalido en el campo de la originalidad y del compromiso independiente. En este histórico simposio me correspondería analizar los aportes del pensamiento económico de nuestro sub-continente.

En la América Latina, al margen de la conducta oficial que maneja la política económica, y de las personas encargadas de difundir las doctrinas y fundamentos teóricos enunciados en Europa, Asia o los Estados Unidos -vale decir, de los centros de poder, ya sean estos capitalistas o socialistas-, nunca han faltado los estudiosos de los problemas y situaciones adecuadas. Desde la misma época colonial -para no mencionar la precolombina, donde todo era auténtico y deducido exclusivamente del proceso natural del desarrollo histórico-, los analistas observaron fenómenos y dedujeron conclusiones que ahora son motivo de reconocimiento. Así, por ejemplo, se interpretó, desde el punto de vista cuantitativo monetario, las diferencias de los precios de las mercancías y servicios en sitios de consumo con distintos recursos y facilidades para obtener metales preciosos. Y, más tarde, en el apogeo de las estrategias del monopolio mercantilista español, o del librecambio inglés, de exclusiva conveniencia para las metrópolis europeas, brillantes economistas (entre ellos, por cierto, los cartageneros) reclamaron la protección de la industria y la defensa de un tratamiento equitativo en el comercio exterior.

En el siglo XX, a finales del decenio de los años cuarenta, el planteamiento estructuralista irrumpe con todas las características de una escuela. Y en 1965, los profesores de Economía Política de las universidades latinoamericanas, reunidos en México precisamente bajo el patrocinio del Instituto de Investigaciones Económicas y la Facultad de Economía de la UNAM, declaran que corresponde a los latinoamericanos enunciar, bajo el rigor del compromiso de nuestra realidad, los principios teóricos de la estrategia para la superación del atraso y el subdesarrollo. Entonces se dijo que

la teoría del desarrollo formulada en los países industrializados no puede servir de base a una estrategia de los pueblos latinoamericanos.

Sin embargo, en los últimos quince años las cosas fueron distintas. En el área oficial, el neoliberalismo impuso sus mandatos desde los centros financieros y de las transnacionales, para dejar el saldo de una brecha más amplia entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, y una deuda externa que succiona riquezas y plusvalías. Por el otro lado, en Cuba, con copia y calco rigurosos del modelo cerrado y estatista soviético de la era anterior a la Perestroika, el burocratismo y la dependencia redujeron cálculos y esperanzas.

Lo mismo podría decirse que sucedió, con ciertas incidencias, en el compromiso creador: la literatura económica foránea recuperó su dominio para imponer el facilismo de los manuales, la especulación abstracta matemática, o el mensaje panfletario de otros tiempos y de circunstancias ajenas al entorno latinoamericano.

Claro está que nadie pretende negar la importancia y necesidad del conocimiento del aporte científico universal. Lo que importa es saber distinguir y valorar, a la luz de unas condiciones determinadas en el tiempo, el espacio y la política, el porqué de unas tesis, supuestos o teorías, dadas las razones y conveniencias de cada quien. La política económica, sea cual fuere el espíritu y atractivo de la teoría, siempre debe ajustarse a lo que conviene a cada situación económica particular y a cada pueblo.

Los hechos son más que aleccionadores por sus mismas contradicciones. Las potencias que imponen en sus zonas de influencia el neoliberalismo y el despotismo regulador del mercado, regresan a prácticas proteccionistas, mientras en el socialismo de corte leninista descubren, un tanto deslumbrados, el siglo XVIII, y muchos de los académicos y voceros de la

antigua ortodoxia nos recomiendan ahora el abandono del método histórico, geográfico y estructural, en el análisis de nuestros problemas.

Lo que quiere decir, en otras palabras, que esta sugerente y novedosa experiencia que vive el mundo, son señales de expectativas y de estímulo para todos los que permanecemos un tanto arrinconados en los últimos años, porque pensamos y seguimos pensando con Bolívar, Bello y Martí, que la América Latina sólo tiene un camino: su propio camino.

“Ante el espejismo del utopismo teórico del libremercado, sigue pesando un axioma simple: sea cual fuese lo que diga una teoría económica, cada país o religión debe practicar la política económica que le convenga, y para eso su obligación es valerse, también, de una teoría apropiada esbozada en el contexto de su historia y de sus beneficios”

Aquí estamos de nuevo

(Edición No. 91 – Junio de 1993)

La edición No. 90 de **Desarrollo Indoamericano** se publicó en marzo de 1990. Aunque nada se dijo entonces sobre terminación de las labores iniciadas veinticinco años atrás, a los amigos más cercanos se les comunicó el propósito de poner fin a una tarea iniciada en la esplendorosa década de los años sesenta.

Desarrollo Indoamericano, como su lema lo indica, fue fundada con el exclusivo propósito de servir de tribuna libre a los científicos e investigadores sociales del subcontinente, en la exposición de tesis a favor de la formulación de una teoría para el desarrollo económico y social de nuestra América Latina.

Y en verdad podemos decir hoy que han sido muchos los aportes publicados que bien pueden considerarse en nuestros días como valioso material en la historia del pensamiento económico y social de nuestros pueblos. En obras que enriquecen la bibliografía latinoamericana se convirtieron más

tarde muchísimos ensayos primeramente divulgados desde las páginas de esta Revista. Más aún, buena parte de los investigadores, tanto de América Latina como de Estados Unidos, Europa y Asia, comprometidos con el estudio de los problemas económicos y sociales de los países del Tercer Mundo, han divulgado sus tesis en **Desarrollo Indoamericano**.

Hace veintiocho años el ambiente intelectual ofrecía el sello de la insurgencia. Se vivía un despertar en el campo de la reconquista de los recursos naturales y de la valoración de lo propio. Vale decir, algo así como la antítesis del llamado neoliberalismo del presente, vulgar estrategia libre-cambista que abre las puertas sin condición alguna para volver a facilitar la entrega que agudiza el sometimiento, el subdesarrollo, la dependencia y la desigualdad social.

Aunque la entrega proteccionista y de autoaprovechamiento de los recursos y el trabajo apenas se aplicó en forma limitada en unos casos, y en otros de manera desvirtuada, sus resultados fueron tantos que las economías dominantes se dieron a la tarea de doblegarla con la imposición de un modelo aperturista al servicio de sus conveniencias.

Desde entonces se han recitado las formulaciones liberales del pasado como receta ideal para las economías subdesarrolladas, aunque sus propiciadores tuvieron el cuidado de practicarlas a su real saber y entender: Mientras se pregónó y exigió la eliminación de toda forma de intervencionismo estatal (presencia del Estado en empresas de compromiso social, educativo y de servicios comunitarios), se restringieron las importaciones o se estimularon las exportaciones subsidiadas. El resultado de esa conducta puede ahora sopesarse en la crisis profunda de los sectores productivos primarios (agricultura ganadería, etc.) e industriales de los países subdesarrollados.

El desempleo, el aumento de los problemas sociales, la violencia, la baja

de las exportaciones, el decrecimiento económico y demás, obligan a volver a la trinchera defensiva. Es cierto que las condiciones son difíciles. Ya no se cuenta con la simpatía del mundo socialista, que no existe, pero la realidad es testaruda. Ante el espejismo del utopismo teórico del libre-cambio, sigue pesando un axioma simple: sea cual fuese lo que diga una teoría económica, cada país o religión debe practicar la política económica que le convenga, y para eso su obligación es valerse, también, de una teoría apropiada esbozada en el contexto de su historia y de sus beneficios.

Por todo lo anterior y porque las bibliotecas y centros de investigaciones del mundo reclaman todos los días el envío de **Desarrollo Indoamericano**, aquí estamos de nuevo, gracias al patrocinio de la Universidad Simón Bolívar.

“En América Latina, bajo el precepto del neoliberalismo, que predica el predominio de las llamadas leyes del mercado y de manos invisibles, la política económica, que supone el respaldo de una teoría económica fundamentada en el análisis de la realidad y del legado histórico, carece de importancia y de validez defensiva”

Por una política económica nuestra

(Edición No. 92/93 – Abril de 1994)

El año de 1994 ofrece señales promisorias. En América Latina la niebla del neoliberalismo empieza a ceder. Aunque apenas son brisas leves, el entusiasmo y la esperanza vuelven a tomar fuerzas. Ante los resultados, los ojos se entreabren.

Es cierto que la economía del libre cambio y el dejar hacer (conocida con tantos nombres rimbombantes y engañosos, como apertura, internacionalización, etc.) aprovechó el colapso del socialismo soviético para actuar sin obstáculos. Sin embargo, a la larga, en los predios de las propias economías dominantes aparecieron contradicciones: algunos países, a pesar de divulgar sus tesis con entusiasmo, apenas las practicaron en el área de las exportaciones. Y, tanta ha sido la diferencia entre lo dicho y lo hecho, que hasta la amenaza de guerra comercial ha formado parte de los sentimientos de algunos gobernantes.

En nuestro subcontinente la desigualdad se acrecienta, con grupos oligar-

cas que acumulan el provecho de importaciones no necesarias y el abuso productivo y comercial; la clase media se empobrece y la proletaria toca los límites del pauperismo; las reservas naturales se atropellan y los recursos minerales y petrolíferos se entregan a la voracidad de los monopolios extranjeros; el agro y la ganadería se abandonan; las importaciones sobrepasan a las exportaciones en una especie de feria del derroche y de la irresponsabilidad.

En América Latina, bajo el precepto del neoliberalismo, que predica el predominio de las llamadas leyes del mercado y de manos invisibles, la política económica, que supone el respaldo de una teoría económica fundamentada en el análisis de la realidad y del legado histórico, carece de importancia y de validez defensiva.

Si toda la conducta de la economía está sujeta a pretendidas hipótesis de oferta, demanda y precio, el estudio de dicha disciplina, tal como lo entendemos nosotros, vale decir, en el marco de problemas estructurales, fenómenos de dependencia, perturbaciones sociales generadas por la desigualdad extrema en la distribución del ingreso, falta de integración, etc., pierde importancia. Es esta concepción oficial la que, sin lugar a dudas, ha contribuido al desgano de la juventud por los estudios económicos y sociales, con facultades de Sociología que se cierran o languidecen, mientras las de Economía soportan la brusca disminución de sus matrículas.

Pero, en buena hora los cambios se presagian. Las recientes elecciones en Venezuela, los sucesos de Chiapas en México y el triunfo de Ernesto Samper como candidato a la Presidencia de la República de Colombia, constituyen una señal elocuente de lo que se avecina para finales del siglo XX.

En Venezuela, el Presidente Rafael Caldera obtuvo una victoria con respaldo de una coalición que incluía partidos de izquierda, entre ellos el Movi-

miento al Socialismo -MAS- que agrupa figuras de la política, la academia y la vida universitaria, con reconocidos méritos intelectuales y de franco rechazo al neoliberalismo corrupto de la administración anterior; en México, la omnipotencia del PRI y del actual mandatario, de corte neoliberal, tuvo que reconocer la desigualdad social acentuada en los últimos años; en Colombia, el economista Ernesto Samper superó a su rival continuista neoliberal y en su propuesta rechaza el capitalismo salvaje mientras acoge con entusiasmo los principios de una economía social de beneficio para la comunidad en su conjunto.

Corresponde, pues, a los investigadores latinoamericanos, como lo sugiere el economista salvadoreño Salvador Oswaldo Brand en un ensayo publicado en **Desarrollo Indoamericano**, la tarea de formular los preceptos de una política económica emanada de las entrañas del subcontinente. Hasta ahora nuestra historia, en su mayor parte, ha sido la historia del calco y del sometimiento al razonar extranjero.

Esa deplorable situación parece alcanzar su máxima expresión en nuestros días. No obstante, también la insurgencia se abre camino. En Perú, por ejemplo, los intelectuales y el pueblo se unen entusiasmados para festejar los cien años del nacimiento de José Carlos Mariátegui, sobresaliente figura del pensamiento auténtico latinoamericano.

“Lo que distingue a Desarrollo Indoamericano es que desde 1966 se ha empeñado en divulgar el aporte de los científicos sociales, investigadores y catedráticos de América Latina, en procura de la formulación de una teoría económica para el desarrollo económico y social de nuestro continente, como reza su epígrafe”

Un homenaje para todos

(Edición No. 107 – Julio de 1999)

Debo expresar, en nombre de los exponentes del pensamiento económico y social de América Latina, suma complacencia por la estimulante decisión de la *International Writers and Artists Association -IWAA-* al escoger a la Revista **Desarrollo Indoamericano**, como la primera en el mundo en el año de 1998, en el género económico y social.

Es un honor que ofrezco a Barranquilla al festejar, el siete de abril pasado, sus 186 años de existencia. Porque **Desarrollo Indoamericano**, que antes editaba don Eduardo Salazar, en Bogotá, ahora se imprime en los talleres de Editorial Mejoras, bajo la responsabilidad de la familia Salcedo.

Siempre se ha dicho que uno puede dudar de lo que oye y hasta de lo que ve, pero jamás de lo que hace con sus propias manos. Y con orgullo y satisfacción ante el compromiso que se tiene con la comunidad, ha de aceptarse complacido y sin falsas modestias lo que corresponde.

Aristóteles, al referirse a ciertas conductas, comentaba: Decir uno de sí

mismo menos bien de lo que puede y debe, es necedad y no modestia; contentarse uno con menos de lo que vale, es cobardía y pusilanimidad. Fontenelle, por su parte, recordaba que la vanidad es el amor propio al descubierto y la modestia es el amor propio que se esconde. Y Chamfort, con humor y diafanidad, solía opinar que la modestia es la más decente de todas las mentiras.

Bueno, dejo a un lado innecesarias lucubraciones, para expresar gratitud a la Asociación Internacional de Escritores y Artistas, con sede en Estados Unidos, que preside la poetisa brasilera Teresinka Pereira, y al Comité seleccionador de los creadores intelectuales y de las publicaciones que se destacan en el mundo cada año. Dicho Comité evaluador estuvo integrado por escritores y científicos de Corea, India, Francia, Brasil, Puerto Rico, Estados Unidos, Rusia, Cuba, Japón y Panamá.

Nuestra Revista **Desarrollo Indoamericano** edita ya doce mil ejemplares con un libro de suplemento, que se distribuyen, a manera de canje, en las bibliotecas de las universidades de Colombia, demás países de América Latina, Estados Unidos, Rusia, España, Japón, China, etc., y se obsequian a los profesores y estudiantes de la Universidad Simón Bolívar. Precisamente, mi nieta Arlencita, quien acompañó a su padre la semana pasada a una reunión de rectores en la Universidad de Harvard, le contaba a su mamabuela que, al visitar la hemeroteca de esa famosa casa de estudios, comprobó que ya habían recibido la edición pasada, la número 106, de **Desarrollo Indoamericano**.

Pero, un poco más allá de estos hechos de por sí significativos (tiraje y adecuada distribución), lo que distingue a **Desarrollo Indoamericano** es que desde hace más de treinta años se ha empeñado en divulgar el aporte de los científicos sociales, investigadores y catedráticos de América Latina, en procura de la formulación de una teoría económica para el desarrollo económico y social de nuestro continente, como reza su epígrafe.

Así, las figuras destacadas de la insurgencia y de la originalidad, han escogido sus páginas para dejar el testimonio del compromiso histórico. De la Argentina, Raúl Prebisch, Oreste Popescu, Ezequiel Ander Egg, Jorge Greco; de Brasil, Josué de Castro, Celso Furtado; de Cuba, Carlos Rafael Rodríguez, Hermes Herrera; de Chile, Alejandro Lipchutz, Salvador Allende, André Gunder Frank, Sergio Vuscovich; de Ecuador, Manuel Agustín Aguirre, René Báez, Eduardo Larrea; de El Salvador, Salvador Brand, Rafael Menjívar; de Guatemala, Saúl Osorio Paz, José Luis Barcarel; de Honduras, Marco Carías, A. Euceda Gómez; de México, Lázaro Cárdenas, Cuauhtemoc Cárdenas, Jesús Silva Herzog, Ramón Martínez Escamilla, Arturo Bonilla, Alonso Aguilar, Pablo González Casanova; de Panamá, Justo Arroyo, Luis Carlos Reyes; del Perú, Humberto Espinoza Uriarte, Jaime Serruto Flórez, Virgilio Roel; de Puerto Rico, Obispo Antulio Parrilla Bonilla, Manuel Maldonado Denis; de la República Dominicana, Bolívar Batista, Marcio Mejía Ricart; del Uruguay, Vicente Rovetta, Carlos Rama, Carlos Borche; de Venezuela, D. F. Maza Zavala, Gastón Parra, Mario Briceño Perozo, Eloy Párraga Villamarín, Federico Brito Figueroa, Guillermo Morón, Isbelia Sequera; de Colombia, Antonio García, Gerardo Molina, Isidro Parra-Peña, Orlando Fals Borda, Néstor Madrid Malo, Arturo Valencia Zea, David Sánchez Juliao, Raúl Alameda, Antonio Cagua Prada, Carlos Villalba, Luis Felipe Palencia, Gumersindo Serje, Abel Ávila, Otto Morales Benítez, Vicente Pérez Silva, Florentino Rico Calvano.

Del material de los ensayos publicados en los treinta y tres años de labores de **Desarrollo Indoamericano**, se han editado varios volúmenes, entre ellos los once de la *Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, a cargo de las editoriales Plaza & Janés y Grijalbo.

Gracias, pues, a la Asociación Internacional de Escritores por este galardón que tanto anima para seguir adelante.